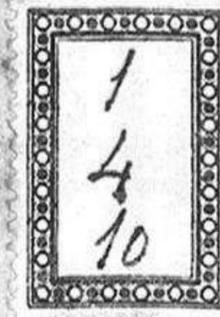


SEMESTRE DE MAYO Á OCTUBRE DE 1869.



ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA

POR CONOCIDOS ESCRITORES CATOLICO-MONARQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.



TOMO PRIMERO.

MADRID.

ANTONIO PEREZ DUBRULL, EDITOR.

1869.

36251

34-5/11(4)

REVISTA DE MAYO A OCTUBRE DE 1934

ARTICULOS Y TRABAJO

REVISTA DE MAYO A OCTUBRE DE 1934

D. A. J. DE VILLAGOSA Y D. VALERIANO GOMEZ



TOMO PRIMERO

MADE IN U.S.A.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

1934

80801

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

	Págs.		Págs.
Introduccion, por D. Valentin Gomez.....	1	El catolicismo en los Estados-Unidos, por V. G....	103
La revolucion en Cuba, por D. A. J. de Vildósola.	2	D. Carlos de Borbon y de Este: su historia, su re- trato, su carácter, su vida, sus costumbres, etc., por X.: págs. 113, 129, 145, 177 y.....	201
El catolicismo y los políticos de la Europa mo- derna, por D. Juan Gonzalez: págs. 4, 37, 54 y..	87	Mas sobre la cuestion de Cuba, por D. A. J. de Vil- dósola.....	115
De la propiedad, por D. A. J. de Vildósola.....	9	Los desafíos, por D. D. Hevia.....	116
La bandera de la conciliacion, por D. Valentin Gomez.....	11	La insurreccion cubana, por R.....	118
Protesta de la redaccion de la Revista contra la li- bertad de cultos votada por las Cortes Constitu- yentes.....	17	La Iglesia, por Fr. Luis Godinez: págs. 119, 150, 182, 269 y.....	363
Lo que es la civilizacion moderna, por D. Valentin Gomez.....	17	Advertencias: págs. 128, 144, 176, 200, 216, 263, 336 y.....	440
La biografía de San Juan de la Cruz por el Sr. Pi y Margall, por D. Vicente de la Fuente.....	19	Apuntes de broma para un libro serio sobre las formas de gobierno, por D. Gabino Tejado.....	131
La revolucion y la industria, por D. Valentin Gomez.....	22	La Revolucion que destruye y la Revolucion que vivifica, por D. A. J. de Vildósola.....	134
Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo, por el P. D.: págs. 26, 40, 57, 104, 138, 166, 184, 207, 223 y.....	246	Sobre el Manifiesto de D. Carlos, por D. Valentin Gomez.....	136
Las Antillas españolas, por D. Valentin Gomez...	33	Carta del Sr. Duque de Madrid á su agosto her- mano D. Alfonso de Borbon.....	142
La vitalidad del catolicismo: al diputado demócrata Sr. Pi y Margall, por D. A. J. de Vildósola.....	34	Los Reyes segun el pueblo, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	147
No se ha roto la unidad católica en España, por D. A. J. de Vildósola.....	49	Manifiesto á la nacion por los voluntarios de la isla de Cuba.....	157
La Constitucion presente y la futura, por D. Valen- tin Gomez.....	50	Varietades: A Pio IX (poesía), por D. Francisco Martin Melgar.....	159
Las Catacumbas, por D. Fernando Brieva y Salva- tierra.....	53	Lo que ha de venir, por D. Valentin Gomez.....	161
Rectificacion importante.....	64	Las noticias de Cuba, por D. A. J. de Vildósola...	163
A nuestros suscritores.....	65	Sobre el opúsculo de dos presbíteros liberales, por D. H.....	164
El fondo y la perspectiva, por D. A. J. de Vildósola.	66	Los mansos y los bravos, ó sea el doctrinarismo y la blasfemia brutal, por el Illmo. Sr. Obispo de Jaen.....	169
Los argonautas: un artículo crítico sobre otro ar- tículo crítico, por Quintin Medellin Bembivre, alumno de enseñanza libre.....	68	Confesiones, por D. A. J. de Vildósola.....	179
Boletin bibliográfico, por D. V. G.....	74	Dios y España, por D. D. Hevia.....	180
Testo de la Constitucion aprobada el dia 1.º de ju- nio de 1869 por las Cortes Constituyentes.....	75	Crónica del Concilio: págs. 191, 234, 259, 346, 369, 384, 405 y.....	425
Lo que habíamos previsto respecto de Cuba, por D. A. J. de Vildósola.....	81	La venta de la isla de Cuba, por D. A. J. de Vil- dósola.....	203
La caridad y la civilizacion moderna, por D. Ra- mon Vinader.....	83	Del suicidio, por D. D. Hevia.....	205
Una mirada á lo porvenir, por D. Valentin Gomez.	85	El último folleto del Sr. Aparisi.....	208
Letras apostólicas del Santísimo Señor nuestro, Pio, por la divina Providencia Papa IX, en las cuales se concede á todos los fieles de Cristo in- dulgencia plenaria en forma de jubileo con mo- tivo del Concilio ecuménico.....	94	La responsabilidad de la guerra civil, por D. A. J. de Vildósola.....	217
La regencia y el regente, por D. Valentin Gomez..	97	España y el próximo Concilio, por D. V. Gomez..	218
Historia é historias, por D. A. J. de Vildósola.....	99	Los Neos, por D. D. Hevia.....	220
Nuestras relaciones con las repúblicas hispano-ame- ricanas, por D. A. J. de Vildósola.....	101	Un síntoma, por D. V. Gomez.....	241
		El clero y la revolucion, por D. A. J. de Vildósola: páginas 243 y.....	238
		El Manifiesto de D. Carlos de Borbon y la política europea, por D. Fernando Brieva y Salvatierra..	244
		Boletin bibliográfico, por D. V. Gomez.....	257

	Págs.
Períodos de la Revolucion, por ***.....	265
Influencia del protestantismo en las costumbres, por D. V. Gomez.....	266
El Episcopado español y la revolucion: págs. 275, 296, 318 y.....	349
El Sofista, por el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Jaen.....	281
La idea fija, por D. A. J. de Vildósola.....	282
El cristianismo histórico, por D. Juan Gonzalez...	284
La Iglesia y el mundo, por D. Valentin Gomez....	301
Política de Dios y gobierno de Cristo, por D. Fer- nando Brieva y Salvatierra.....	303
Efemérides de la libertad de enseñanza, por ***: páginas 306, 327 y.....	342
La Iglesia, por D. A. J. de Vildósola.....	321
Luz, calor y vida, por D. Valentin Gomez.....	323
Política del diablo y gobierno de Lutero, por don Fernando Brieva y Salvatierra.....	324
Las disidencias y el Concilio, por el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Jaen.....	330
Aniversario, por D. Valentin Gomez.....	337
La hora prevista, por D. A. J. de Vildósola.....	339
El catolicismo liberal, por D. A. J. de Vildósola: páginas 361 y.....	378
La cuestion de archivos en España, por D. Vi- cente de la Fuente: págs. 366, 380 y.....	402
La coalicion de los hombres de bien, por D. Va-	

	Págs.
lentin Gomez.....	377
Las razas proscritas, por D. J. R. y P.....	382
Los frailes en Filipinas, por el Rdo. P. Coria.....	393
Lo que no se debe olvidar, por D. A. J. de Vildósola.	401
Aclaracion.....	416
Las Constituciones modernas y el Concilio, por D. Valentin Gomez.....	417
El Istmo de Suez, por D. A. J. de Vildósola.....	419
El liberalismo y los principios inmutables del ór- den social, por D. Juan Gonzalez.....	420
Aquí tiene V. su casa (estudio de costumbres), por D. Juan Rodriguez y Pacheco.....	428
Revista literaria, por D. V. Gomez.....	430
Virginia, ó Roma en tiempo de Neron: novela es- crita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar: págs. 89, 107, 121, 153, 171, 187, 210, 226, 250, 271, 290, 310, 345, 367, 390 y.	432
Revista de la semana: págs. 12, 29, 43, 60, 71, 109, 123, 139, 155, 173, 190, 213, 230, 253, 273, 293, 313, 332, 357, 372, 396 y.....	412
Correspondencia extranjera: págs. 14, 31, 47, 63, 73, 93, 111, 126, 141, 175, 191, 215, 233, 295, 316, 335, 375, 399 y.....	415
Sueltos: págs. 16, 96, 336 y.....	416
Anuncios: págs. 64, 112, 128, 160, 264, 280, 300, 320, 336, 360 y.....	400

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

INTRODUCCION.

Una de las señales características de la Revolucion es su falta de símbolo. Diversa y desordenada como doctrina que acoge todas las negaciones y rechaza todos los dogmas, la Revolucion no tiene ni una sola palabra que sea la síntesis de sus principios, de sus fines y de sus medios.

La Revolucion tiende á destruir, y destruir es negar. Negar constantemente; oponerse con rabia á todas las grandes afirmaciones, y por ende procurar su ruina: tal es la tarea de la Revolucion siempre, desde el *Non serviam* pronunciado en lo alto de los cielos, hasta el *Non serviam* repetido por las sociedades modernas. Este solo rasgo bastaria para conocer que la Revolucion no es la verdad, porque la verdad es la afirmacion por esencia, que dice de sí misma: *Yo soy*. El error es la negacion perpetua, que no habla nunca de sí mismo, porque *no es* realmente; en cambio, dice siempre á la verdad: *Tú no eres*.

Hé aquí la Revolucion. Se levanta del fondo de las sociedades negra y horrible como la sombra de Satanás; clava sus ojos de hiena en aquella brillantísima luz que ilumina al mundo, y forma, aunque en vano, el propósito de apagarla. *¡Quién pudiera apagarla!* grita; y armándose con todas sus armas, emprende la lucha, mil veces repetida y mil veces terminada en honra de aquella luz santa.

Pero en las guerras que la Revolucion, con este ú otro nombre, promueve para daño del humano linaje, la Revolucion no lleva un símbolo, un nombre, un lema afirmativo en su bandera. Solo pronuncia una voz triste como la muerte, helada como el polvo de un cadáver: *¡Nada!* Es la negacion de siempre; es el espíritu de la destruccion que odia la vida.

Sus gritos, diversos en la forma, son en todo tiempo idénticos en el fondo. Recórrase la historia de todas las revoluciones, aun de aquellas que agitaban las sociedades anteriores á Cristo nuestro Dios, y se verá constantemente que el objeto del odio es el mismo, y la exclamacion para pedir su esterminio, idéntica: *¡Abajo el Altar! ¡Abajo el Trono!* Siempre *¡abajo!*

esto es, *destrúyase, niéguese*. Siempre contra el Altar y el Trono, mas ó menos francamente, porque el Altar es la afirmacion de la autoridad divina, que une á los hombres, como á los pueblos, con el lazo del amor sublime de la verdad, y el Trono es la afirmacion de la autoridad humana, derivada de la divina, y encomendada á los soberanos para que sean custodios incorruptibles de la Ley eterna.

El Altar y el Trono forman el ser social, como el alma y el cuerpo forman el ser humano. Donde hay ser, hay vida; donde hay vida, allí va la Revolucion procurando la muerte. Pero las sociedades, como los individuos, tienen el instinto de la propia conservacion, que les hace huir de los peligros evidentes, palpables; y de aquí la impotencia de la Revolucion en destruir por completo. Sin embargo, las sociedades, como los individuos, sienten pasiones violentísimas, y ciéganse á veces hasta el punto de llegar al borde del precipicio, ó al hondo del precipicio mismo. Auxiliar el instinto de la propia conservacion del ser social, por una parte, y por otra, desapasionarle y poner un dique á su ciego arrebató: tal es lo que hacen de consuno el Altar y el Trono.

¿Podíamos elegir lema mas significativo para nuestra bandera? Hoy que la Revolucion, penetrando desbordada en nuestro pais, amenaza al cielo y á la tierra, negándolo todo, destruyéndolo todo, ¿qué hemos de oponer á sus furiosos embates sino la valla inmovible del Altar y la fuerza poderosa del Trono?

¿Niega la Revolucion? Afirmemos nosotros. ¿Destruye? Construyamos. Harto testimonio da de su ignorancia cuando solo sabe negar, y de su impotencia cuando solo puede destruir.

No tiene símbolo, porque es la mentira; nosotros le tenemos, porque la verdad va con nosotros.

Y hoy mas que nunca es preciso que cada cual muestre su propia bandera, y ostente sobre su pecho, como los antiguos cruzados, el símbolo de su fe. Pues si hoy no lo hacemos, hoy que ruedan los altares de nuestro Dios por el polvo y que la corona de San Fernando es torpemente ofrecida á príncipes extranjeros que la rechazan, ¿á cuándo hemos de aguardar? ¿Aguardaremos, por ventura, á ver totalmente despe-

dazado el Altar y quemado el Trono? No, por Dios; que las ruinas no han sido nunca restauradas por los hombres.

Dichosamente, arde aun sobre el Altar el fuego santo que da al espíritu consuelo y fortaleza. Treinta y cinco años de artera impiedad y de pilatescas traiciones no han logrado borrar del corazon de los españoles el sentimiento cristiano que informa todavía muchas instituciones y palpita con vigor en las costumbres del pueblo. Los ataques de la Revolucion, moderada ó inmoderada, no han sido vanos ciertamente; y la prueba es que hemos llegado al punto de oír las mas horribles impiedades, en el seno de unas Cortes españolas, sin que nuestra indignacion haya tomado aquellas proporciones que solia tomar la indignacion de nuestros abuelos en semejantes casos.

Sin duda alguna faltan piedras al Altar; pero el Altar, á pesar de todo, permanece con fuerza bastante para resistir los golpes del enemigo.

Mas débil que el Altar, el Trono ha sido arrojado á merced de las olas revolucionarias, como buque deshecho por la tormenta. Ese Trono tenia sobre sí dos manchas indelebles: la usurpacion y el liberalismo; manchas que le hacian fatalmente sostener una lucha constante con el Altar, en vez de estar á él estrechamente unido.

Treinta y cinco años de divorcio entre dos cosas que no pueden separarse sin que ambas sufran gravísimos perjuicios, han sido parte para que la Revolucion, interviniendo astutamente, haya triunfado á la postre de ambas. No podia suceder otra cosa, como sucede entre cónyuges separados, que al fin son víctimas del enemigo que tiene interes en perturbar la paz doméstica.

¿Por dónde la Revolucion hubiera salido victoriosa si el Altar y el Trono no hubieran vivido en perpetuo divorcio? ¿Quién puede imaginarse que la Revolucion sea poderosa contra las fuerzas unidas del Trono y el Altar? Pero ocupado el Trono por un usurpador, y aliado natural este de los elementos revolucionarios, no era menester un gran esfuerzo para dar en tierra con aquella sombra de monarquía que se sentaba sobre el magnífico solio de los Fernandos y Felipes.

Esto no obstante, el Trono en sí no ha sucumbido con la persona que ilegítimamente le ocupaba. Una gran parte de españoles leales, prodigio de constancia y maravilla de virtud, han conservado, como reliquia santa, el Trono verdadero, la institucion pura española, unida siempre al Altar, que le ha servido de fundamento. Y hoy, al caer aparentemente el Trono, se levanta con admirable gallardía, como Lázaro del sepulcro, el verdadero Trono, en el cual cifra España justamente todas sus esperanzas.

La defensa de ese Altar conmovido; la restauracion de ese Trono, conservado en el corazon de los

leales, hé aquí el fin á que se enderezarán los trabajos de nuestra Revista.

¡Grande y noble fin! Es nada menos que la defensa de todos los intereses sociales, del mismo ser social, que, segun ya hemos dicho, está formado por la union íntima del Altar y el Trono, alma y cuerpo de la sociedad.

Escasas son nuestras fuerzas para cumplir como es debido con la ardua tarea que nos hemos impuesto; pero Dios, de quien proviene toda fuerza, bendecirá nuestro trabajo, que á tan altos fines se encamina.

Contamos ademas con auxiliares poderosos, reconocidos por toda España como insignes campeones de la verdad y la justicia. El eminente orador Sr. Aparisi y Guijarro, el ilustre periodista D. Gabino Tejado, el notable jurisconsulto D. Bienvenido Comin, el sabio D. Juan Gonzalez, que hoy honra nuestras columnas; los diputados distinguidísimos Sres. Vinader, Ochoa, Estrada y otros muchos favorecerán con sus escritos nuestra publicacion, dándole la importancia y el interes que debe esperarse de una Revista española consagrada á la defensa del catolicismo y la monarquía.

Rudo será el combate; pero es hora de combatir, y no es lícito dejar que se enmohezcan las armas.

Luchemos sin tregua todos con ánimo resuelto, con la esperanza en el alma, que el triunfo será nuestro sin duda alguna, porque van con nosotros la verdad, la razon y la justicia.

VALENTIN GOMEZ.

LA REVOLUCION EN CUBA.

I.

Las noticias de América recibidas por los últimos despachos no modifican en nada la situacion de los pueblos del continente hispano-americano, pero señalan en la política de los Estados-Unidos respecto á las Antillas el deseo de plantear el sistema Monröe, y los actos que por lo comun preceden á una intervencion eficaz y directa. Con seguros y recientes datos de las correspondencias que hemos organizado en la América del Sud como en la del Norte, señalaremos próximamente la situacion de esos pueblos, las tendencias de sus respectivos gobiernos y los sentimientos de los pueblos, y es escusado añadir que nuestros comentarios, como hijos del mas noble deseo, no se apartarán un punto de lo que conviene é interesa, por fortuna, al mismo tiempo, á nuestra patria y á la de nuestros hermanos, que como á tales, á pesar de todo, les consideramos: por hoy, sin embargo, habremos de atenernos á la situacion de Cuba, señalando en ella las causas que la mantienen, y lo que en esas mismas causas puede verse para lo porvenir, lo mismo en cuanto á la hermosa Isla que aun permanece unida á España, que en cuanto á los otros pueblos que rompieron el lazo que nos unia.

Por mas de un concepto se justifica esta afirmacion: el estado insurreccional de Cuba, que surgió del triunfo

de la revolucion española, subsiste principalmente por los principios que aquí se proclaman, y por la conducta que las autoridades revolucionarias siguen en la Isla. Además, debe decirse que el gobierno de Washington alienta hasta ahora la insurrección encubiertamente, y en cuanto puede, deja sentir su influencia directa. Finalmente, cabe probar, que con la Isla de Cuba se hallan amenazadas, por la ambición *yankée*, todas las colonias que las potencias europeas tienen en las Antillas, y no menos los pueblos del continente americano, que buscan un consuelo para todos los males que les abruma en la idea y en el hecho de su independencia.

II.

Solo para desmentirlos, y porque no se crea que en ellos nos fundamos en poco ó en mucho, en todo ó en parte, señalaremos lo que se ha dicho respecto de los tratos que mediaron hace un año entre los agentes de los Estados-Unidos y los corifeos principales de la revolucion de setiembre. No; por ambiciosos que se les suponga, y por grande que fuera su desesperacion hace unos meses, no es dado sospechar que ningun español vendiera, por mas ó menos *dollars*, la joya mas rica de la Corona de España, lo que constituye la mas esplendorosa de sus glorias, y menos aun puede suponerse que, estendiendo la traicion, doblando el crimen, para encubrir la primera y ocultar el segundo, se haya tenido en cuenta, en el contrato de compra, la resistencia simulada para la entrega de la Isla. Entregarla, venderla, es ya cosa increíble; pero entregarla y venderla regada con la sangre de los nobles hijos de España, que tan generosamente la ofrecen y tan heroicamente la están derramando, es cosa, además de increíble, jamás oída y nunca realizada. No; lo repetimos: si es cierto é innegable que la insurrección de Cuba ha nacido de la revolucion española, es de todo punto falso que la Isla fuera entregada, teniéndose en cuenta la resistencia que habria de oponerse á un gobierno que pagaba su adquisicion parte en dinero y parte en buenos oficios.

El cable trasatlántico llevó á Cuba el grito de Cádiz, é inmediatamente en la parte Oriental de la Isla, como eco del grito de Cádiz, resonó el de su independencia. No habria ciertamente allí idea preconcebida ni plan premeditado; era que la lógica protestaba contra la inconsecuencia, afirmándose en un hecho elocuentísimo; era la repercusion moral de la misma idea á través del Atlántico. En nombre de los principios que á su juicio se habian violado, en contra de todo un estado de cosas que en su opinion deshonoraba á la patria, alzaron en Cádiz los que se han llamado á sí mismos *libertadores de España*, y con doble fundamento, apoyándose en la misma idea, los sublevados de Cuba dicen que lidian por la libertad y aspiran á ser los libertadores de su patria. De principios que se llaman *absolutos*, y que en todos merecen respeto porque viven con todos, no hay razon para que los cubanos queden escluidos, como no la hay para imponerles la pena de deshonor perpetua por el estado de cosas de España, que para ellos no cambia ni en la esencia ni en los hombres. Su antiguo capitán general Serrano, en los tiempos de deshonor, es el presidente del poder ejecutivo en España, y el general Dulce vuelve asimismo por segunda vez entre ellos, acompañado de

hombres que siempre figuraron en el régimen ominoso derrocado.

Hé ahí, pues, la causa primera de la insurrección cubana iniciada, aunque inconscientemente, por los hombres de Cádiz, y hasta ahora, y sobre todo en los primeros momentos, con notoria imprevisión alentada. Se necesitaba, ó declararse con toda franqueza teórica y prácticamente inconsecuentes, ó mostrarse lógicos hasta reconocer y proclamar la independencia, sacando de la concesion las mayores ventajas posibles. No se quiso hacer ni una ni otra cosa; se hizo lo peor, que fue buscar el término medio de los dos extremos; y de ahí la permanencia de la insurrección, y de ahí el gran peligro de desanimar á los amigos y de estimular á los adversarios; peligro que surge siempre que se quiere resolver con espeditos lo que exige decisivas determinaciones. No es Cuba la que quiere y reclama su independencia, porque, al contrario, apreciando debidamente las cosas, y ante tantos ejemplos de tantos años y tantos países, reconoce que solo con la union puede mantenerse tranquila y floreciente; solo algunos cubanos han levantado la bandera separatista, única bandera que sostienen, y por tanto las concesiones del gobierno de Madrid, al fortalecer la resistencia de la insurrección, no logran satisfacerla en nada, mientras desalientan á la lealtad, dejándola desarmada.

Pero es preciso insistir aun mas en este punto capitalísimo.

III.

Apenas se concibe que se hallen ya hoy estadistas que incurran en el error de figurarse que es dado atraer á los partidos, ni aun aplacarles y aminorar sus ataques. No una, sino cien veces; no en uno, sino en casi todos los pueblos de Europa, se ha repetido la misma esperiencia con los mismos resultados: tan pronto como un poder ó un gobierno cualquiera cede á los adversarios que encuentra en su camino, y en la medida en que les concede lo que le piden y le exigen, sin lograr que se modifiquen sus sentimientos, solo logra que sean mas recios los ataques, á la vez que se encuentra con menos fuerza para resistirlos. Y es que los partidos quieren mas, y quieren otra cosa que lo que piden, otra cosa que los poderes y los gobiernos no pueden darlos, porque es pura y simplemente, en este ó el otro concepto, su propia existencia. Así, en Roma, en 1847, se vió á Pio IX conceder *motu proprio* cuanto se le pedia, sin que ni uno solo de los partidos que obtuvieron los favores le sostuviese, y sin que hallara en ellos fuerza de resistencia; así tambien, y el ejemplo debe estar presente en la memoria de los hombres del dia, en 1865, al subir O'Donnell al poder, se apresuró á satisfacer en todo lo que exigian progresistas y demócratas, sin otro resultado que el de alentar la insurrección, por dos veces vencida el año siguiente.

Pues esto que tan claro aparece en Europa en las relaciones de los gobiernos con los pueblos, aparecia aun con mayor evidencia en Cuba al tratarse de las relaciones del gobierno de la madre patria con los hijos de la colonia. Para estos, en su porcion levantisca, en la gente que solo apetece el desorden, parte mínima por fortuna, si se la compara con la que por reflexion é interés no quiere romper los lazos que la unen á España, solo el recono-

cimiento de la independencia de la Isla podrá llenar sus deseos; y una vez que el gobierno de Madrid ni podía ni quería proclamar la independencia, la línea de conducta que había de seguir estaba perfectamente marcada. Decidido á combatir y reprimir la insurrección, todo le era lícito, todo aparecía justo y razonable menos dar armas al contrario en todos los terrenos, que es precisamente lo que hizo el gobierno. Reconoce la insurrección como un derecho, y solo por ese hecho, aparte de sus declaraciones, se incapacita para reprimirla eficazmente, pues no le es dado castigar como un crimen lo que ha reconocido como un derecho. La insurrección necesita hacer por todos los medios su propaganda, y el gobierno la ofrece esos medios con las medidas llamadas *liberales* que el general Dulce lleva á la Habana. Para que la insurrección triunfe necesita, aun haciendo caso omiso del ejército y de la armada de España, dominar al elemento cubano que la es contrario y que es mas fuerte que ella, y al elemento peninsular que los domina á todos; y de esto tambien se encarga el gobierno por esas mismas medidas liberales y por la saña con que trata á los defensores voluntarios de la integridad, y la deferente benevolencia que demuestra á los insurrectos cogidos con las armas en la mano.

Pongámonos en el caso de los cubanos fieles y de los peninsulares establecidos en la Isla. La insurrección les amenaza en sus vidas y en sus intereses; pero quien debía defenderlos no les defiende, y aun hace mas, impide que ellos se defiendan; de suerte que casi se ven forzados á echarse en brazos de los insurrectos, implorando su conmiseración, y haciendo méritos para obtenerla, ó por la impasibilidad en que se mantengan, ó por los favores que les presten.

Ultimamente, á lo que se dice, se ha caído en la cuenta de lo que se estaba haciendo; se ha suspendido la concesión de libertades que solo pedían y querían los que solo por su medio pueden lograr sus deseos; se fusila á los que asesinan á los voluntarios, y se deja á estos organizarse y obrar en favor de sus intereses, que son los de la patria. Pero ¿no será esto demasiado tarde? Con lo que ya ha sucedido, ¿podrá impedirse una intervención, con la que siempre han contado los insurrectos, y que solo querria, para tratar de imponerse, que la vida de la insurrección la justificara?

Esto es lo que brevemente vamos á examinar ahora, señalando, por último, lo que debe hacerse en tan críticas circunstancias.

IV.

Días pasados se convocaba en casi todos los periódicos anglo-americanos á un *meeting* de simpatías por los insurrectos cubanos; á ese *meeting* ha sucedido otro, con el fin de allegar socorros para la insurrección; despues los mismos periódicos han hablado de las vejaciones que sufrían los súbditos de la Union en Cuba; últimamente, entre exclamaciones de indignación y asombro, han relatado varios cuentos terroríficos sobre las crueldades que cometían los españoles con los insurrectos, y, entre ellas, la ejecución de un niño de quince años. Pues ahora bien: todo eso solo significa que los *yankées* creen llegada la ocasión de intervenir, y están buscando pretextos para hacerlo. Que la intervención llegue á declararse abierta-

mente por los insurrectos; que se limite á reconocerles como beligerantes, el caso es el mismo, y aun casi sería preferible lo primero á lo segundo; pero lo segundo es mucho mas probable.

Ateniéndonos, por tanto, á lo probable, nos preguntamos qué va á suceder el día en que la república anglo-americana reconozca á los insurrectos de Cuba el derecho de beligerantes. No es ¡ay! difícil predecirlo. Ese día habrán de redoblarse los sacrificios de los españoles, y cada vez serán mas estériles los sacrificios para sofocar una sublevación que recibe á cada paso estímulo y auxilios. Véase lo que ha sucedido en Candía, y júzguese por lo que hace Grecia con el imperio turco, lo que podrán hacer los Estados-Unidos con España. La lucha durará tiempo y tiempo; se renovará el espectáculo de Santo-Domingo en ella y en su resultado: habremos de abandonar la Isla, fácil presa en aquel momento de la voracidad sajona.

Reconozcámoslo hoy mismo: ese peligro es inminente, y con él debemos contar, y hora es esta misma de que tratemos de mejorarlo ó dominarlo. Los Estados-Unidos se declaran por los insurrectos de Cuba contra España, y nosotros podemos poner de nuestra parte á casi todas las naciones de Europa y á todas las del continente hispano-americano. Las primeras no conservarán sus posesiones en las Antillas desde el momento en que el pabellón estrellado domine en los fuertes de la Habana; las otras pueden, en ese mismo caso, dar por perdidas su independencia y su nombre; y unas y otras, por tanto, deben ayudarnos en Cuba, y desde luego, si sabemos pedirselo, nos prestarán su auxilio diplomático. De esto han de ocuparse los hombres que nos gobiernan si quieren salvar á Cuba; y con eso, por medio de esa política digna, pueden, á la vez, restablecer y afirmar las relaciones fraternales con los pueblos hispano-americanos con mutuo provecho y recíproca satisfacción, que no puede dudarse de los sentimientos de pueblos que hablan la misma lengua y tienen la misma religión y la misma historia.

Parar el golpe que podría darnos ese acto de los Estados-Unidos por medio de una campaña diplomática en Europa y América, y al mismo tiempo por medidas enérgicas, sin vacilaciones, ni concesiones; sofocar lo antes posible la insurrección cubana; tal es el deber casi sagrado de los hombres que nos gobiernan. Puede dudarse de que lo cumplan; suponiendo, que sí lo suponemos, que abriguen el deseo, desconfiamos de que al deseo acompañen la actividad y la habilidad que la situación requiere. Y sin embargo, esos hombres tan liberales, si quiera por honor del liberalismo debían hacer supremos esfuerzos para que las generaciones futuras no les acusen de haber empezado en 1812, y consumado en 1869, la ruina de España en América.

A. J. DE VILDÓSOLA.

EL CATOLICISMO

Y LOS POLÍTICOS DE LA EUROPA MODERNA.

I.

La Europa va empobreciéndose en punto á creencias, y la sociedad siente cómo se desnivelan las bases mismas

de su organizacion. Estos son dos hechos palpables y de inmensa trascendencia que no pueden dejar de conocer aun los hombres que mas preocupados se hallen en favor de los progresos materiales á que da tanto valor y presta tan idolátrico culto la época en que vivimos. ¿Va á disolverse totalmente la sociedad? ¿Va á modificarse en punto á los elementos que hasta hoy le han servido de vida? ¿Va á ser otro el género humano de lo que ha sido hasta el presente? Todo podríamos temerlo ó presumirlo si hubiésemos de juzgar por motivos aparentes ó superficiales acerca de la actual situacion de la Europa que se dice civilizada. En mi dictámen, sin embargo, nada de eso ha de suceder. Ni se disolverá la sociedad, ni se cambiarán los primitivos elementos de su existencia, que son inmutables; ni el género humano será mas que lo que es hoy y lo que ha sido siempre. El cielo no se hunde aunque alguna vez las tempestades nos hagan temerlo; ni la tierra se sumerge en lo profundo del mar aunque las olas vengan á provocarla. Hay en el orden moral y social, lo mismo que en el físico, accidentes desastrosos, sí, pero puramente accidentes, por cuanto á la máquina que se mueve sobre un eje indestructible, lo mas que puede sucederle es que se detenga el curso de su movimiento, mas nunca que le sobrevenga por esto su total disolucion. En todos tiempos, al pasar la sociedad por una de tantas crisis de que habla la historia, ha habido hombres que han dicho: *No hay remedio: el mundo se acaba, el juicio final se acerca*; y, sin embargo, ha sobrevivido la sociedad á tantas y tan estrepitosas catástrofes.

Lo mismo, yo confio en Dios, lo mismo ha de suceder ahora, aunque este *ahora* sea y se llame el siglo xix. Cuando me pongo á considerar la sociedad desde el punto de vista mas alto, es decir, considerando su origen divino, lo divino y eterno de sus leyes fundamentales, y la altísima y benéfica Providencia que aun de los mismos males saca muchos bienes en provecho de los pueblos, digámoslo así, predestinados, no puedo dejar de reirme de los proyectos de algunos hombres, y de mirarlos como estravagancias de dementes, ya que no como crímenes de genios malvados. Si hubiésemos de subordinar nuestros pensamientos, nuestras afecciones, nuestros temores y nuestras esperanzas á lo que hoy dice un periódico, á lo que mañana piensa un hombre y á lo que medita un político en el retiro de su gabinete, sean buenos ó malos el periódico, el hombre y el político, no solo rebajaríamos de su refulgente trono al supremo Gobernador del mundo, Rey de reyes y dominador de dominadores, sino que nos empequeñeceríamos nosotros mismos en el concepto de racionales y pensadores. No: ningun hombre personifica la sociedad; ningun hombre, aunque de robusto brazo y de colosal fuerza, puede matarla ni darla tampoco un dia mas de vida con sus artificiales combinaciones. La historia del mundo, que nos enseña cómo ha pasado este ya por muy duras pruebas, confirma mi juicio, y no hay cuidado de que sucesos posteriores vengan á desmentirle. La hora terrible ó definitiva la anunciarán los ángeles con aquella trompeta que hará moverse y revivir el menudo polvo de los sepulcros. Hasta entonces permaneceremos tranquilos respecto de la conservación de la sociedad, aunque haya

que llorar por la ruina de algunas ó muchas de sus instituciones.

Que hay peligros y que los habrá mayores; que abundan las semillas del mal, y que darán abundante fruto; que existen hombres perversos, y que aun vendrán otros que lo sean mas; que hay desorganizacion, y que cada dia será mas general y profunda; que los tronos han de pasar por crisis horribles, y que la Iglesia ha de derramar todavía muchas lágrimas, y quizás mucha sangre... ¿Quién lo duda? ¿Quién no lo ve? ¿Quién no lo llora? Precisamente me mueve este convencimiento á escribir las presentes páginas, que son la proclamacion de una verdad y de un hecho pasado, y el anuncio natural de una esperanza presente y de un hecho futuro. Me da miedo, lo digo francamente; me da miedo encontrar en la calle á ciertas gentes que suponen nos hallamos ya en la víspera del juicio final, porque ellas están próximas á perecer. Es preciso dar ensanche al corazon: la vida de la sociedad, por otra parte, no está encerrada en la cabeza ó en el puño de unos cuantos hombres; y por lo que á mí toca, estoy dispuesto á creer que una brillante regeneracion social, por medio del catolicismo, se nos acerca, al modo que la esperaba y la anunciaba, bajo parecido aspecto y motivo, hace veinte siglos, la famosa Sibila. Va terminándose el ensayo de los errores, y el siglo xx ¡quíralo Dios! será quizás un siglo predestinado.

Lo que ven todos, aun los mas torpes, bien podré verlo yo, y lo veo en efecto. Veo la sociedad, no precisamente entrar en una vida nueva, sino haciendo esfuerzos para salir ó emanciparse de la antigua. La veo salir; pero ¿en dónde la veo entrar? ¿Por dónde se dirige? ¿Hacia dónde encamina sus pasos? A esta nueva hija del desierto, ¿qué luz la guia? ¿Qué caudillos la conducen? Este es el problema social del siglo xix. Salirse de la casa donde por muchos años hemos vivido, lo hace cualquiera; pero hallar al acaso otra donde vivir sin contratiempos y rodeado de comodidades, en eso está la dificultad. *Hic opus, hic labor est*. Es mentira que la sociedad *marche*, en la legítima acepcion de la palabra: ya que no digamos que retrocede, y podria decirse, bien puede afirmarse que se está quieta y estacionaria, sin hacer mas que *ruido*; ruido semejante al que se oye en un aposento cuando su dueño rompe los trastos antiguos que le adornaban, aun antes de sustituirlos con otros nuevos. Realmente no es progreso, sino ruido todo lo que hoy observo en la sociedad y en los exagerados proyectos de los hombres.

Todo puede romperlo la sociedad menos una cosa; de todo puede prescindir menos del catolicismo. Puede pasarse sin Reyes—entiéndase que soy muy monárquico;—puede pasarse sin república, sin Parlamento, sin justos-medios, y sin esta ó la otra determinada forma de gobierno, aunque precisamente ha de tener una; pero el catolicismo es para ella una primera necesidad, un atributo esencial, una forma dentro de la cual tiene que moverse y perfeccionarse el sentimiento religioso, que es una cualidad radical del individuo y de las naciones. No sé por qué haya de ser preciso, en tiempos que se califican de ilustrados, el probar ó esplanar una verdad en favor de la cual están trabajando incesantemente los

siglos, los días y los hechos. Graves y trascendentales errores vemos sostenerse en esta época cuando algunos pensadores hablan del catolicismo y de lo que, con torcida intencion, llaman su *glorioso pasado*; como si sus destinos, que suponen transitorios, al modo de los del judaísmo, hubiesen sido ya envueltos para siempre en un paño funerario por la filosofía *racional*, que aspira á sustituirlos. ¡Alto! filósofos y políticos. ¡Alto! ante la historia y ante la buena razon. ¡Alto! ante lo que dejais atrás y lo que se os presenta delante.

II.

La necesidad apremiante, la vital, la urgente, la primera en estos tiempos, es traer á la unidad, y á las doctrinas que la realizan, al género humano, que para cada día quiere tener un Dios; á esa Europa, que para cada hora quiere tener un principio; y al individuo, que para cada deber y para cada derecho no quiere oír mas que á su propia razon. Cuando la discordia cuenta con tantos y tan poderosos elementos para propagarse, y se generaliza horriblemente á impulsos de doctrinas que han logrado alcanzar cierta boga; cuando todo lo vemos amenazado por el espíritu de division, que tan agitados trae los ánimos, naturalmente, vuelvo á repetir, levantamos nuestras reflexiones hácia la unidad, como remedio supremo, como remedio único y radical contra las actuales dolencias de la Europa moderna.

Estos tiempos constituyen una época especialísima en la historia de las enfermedades del género humano. Hasta hoy la sociedad europea no habia experimentado mas que aquellas dolencias propias de quien lleva lastimosamente heridas sus facultades morales, y muy debilitadas sus facultades físicas. Habia sido pobre, habia sido ciega, habia sido esclava; una vez por extravíos, y otra vez por errores, no habian faltado lágrimas, humedeciendo los caminos de su peregrinacion; pero esta sociedad, con haber sido tanto, no lo habia aun sido todo; porque aun no habia sido *loca*, que es la mas horrible enfermedad, y, en mi juicio, la que está actualmente padeciendo.

Para la sociedad hay una razon, como hay una razon para el individuo. Desde el momento en que la sociedad se niegue á sí misma, es ya una sociedad demente, ni mas ni menos que el hombre deja de ser hombre, en la mas noble acepcion de esta palabra, cuando se niega á sí mismo aceptando como situacion natural la perturbacion de sus facultades mentales. Pensar, entender, discurrir: hé ahí el hombre; pensar, entender, discurrir: hé ahí la sociedad. Si el hombre no piensa, ni entiende, ni discurre, ó es demente, ó es imbécil; y si la sociedad, no solo no ejercita esa misma alta razon que en su línea la eleva á la categoría, digámoslo así, de autoridad infalible, sino que la niega en sus fundamentos, entonces la sociedad está *loca*, y no tiene mas alternativa que sucumbir á la violencia de las enajenaciones, ó someterse con docilidad á una direccion tutelar y salvadora. Ahora bien: en el hombre su razon es una razon particular, y aun así y todo esta razon particular no puede dar un paso sin marchar apoyada sobre principios generalmente aceptables, es decir, dentro del círculo de una grande unidad. Otro tanto sucede respecto de la sociedad, y con mas poderoso motivo. Porque, si tratándose de un solo individuo, es preciso darle, ó na-

turales ó de cualquiera otro orden, principios incontrovertibles en que se ejercite su razon ó la guien, donde hay muchos y de diferentes caracteres y temperamentos, es indispensable presentarles ideas comunes y fundamentales, sin las cuales no hay razon propiamente pública, ni unidad, ni sociedad. Por eso la Iglesia es la institucion mas social; y aun podria decirse que es la única institucion social, porque es la única que cuenta con mas poderosos medios para formar y para conservar la unidad. La sociedad que atenta contra la unidad, conspira contra sí misma, y digo que para ser suicida es preciso estar demente.

La unidad, en efecto, es lo que el filósofo ha de ir buscando en el exámen que haga de las instituciones de otros tiempos, en la apreciacion de los mismos progresos contemporáneos, y en el estudio de los sucesos á que por necesidad tiene que consagrarse para formar lo que llamamos *la filosofía de la historia*. De este estudio, y con relacion al asunto de que me voy ocupando, se desprende una verdad muy importante que une estrechamente entre sí todos los tiempos y edades. El cristianismo no es nuevo: esta es la verdad. En Belén, en el Calvario, en el Cenáculo y en la Iglesia aparece ya como gloriosa realizacion de una celestial promesa cuya fe salvó á tantos justos durante el largo período de cuarenta siglos. Si la fe en esta promesa fue, de un modo ó de otro, universal, como pudo serlo trasmitiéndose de edad en edad por la tradicion y por el ministerio gerárquico que la perpetuaba, no cabe duda en que el cristianismo es tan antiguo como el mundo, segun que aquella palabra significa *relaciones universales, por el conocimiento y la afecion, entre Dios y los hombres, dirigidas por un público ministerio*. En la *antigua Ley* estas relaciones se hallaban sostenidas por la fe en una promesa; y en la *nueva*, se mantienen por la realizacion, cada vez mas sublime, de esa promesa, y por la no interrumpida aplicacion de sus consecuencias gloriosas á las necesidades del género humano.

Por manera que si nos detenemos á estudiar la descomposicion del mundo primitivo, observaremos que procede del olvido, así de la fe como del culto que la simboliza. Préstase á importantísimas consideraciones el hecho de ver cómo van descomponiéndose los pueblos antiguos á medida que olvidan la *unidad* de Dios, dogma fundamental que era inseparable de la fe en el futuro Redentor, y que á toda costa era preciso mantener *vivo*. Tal fue el destino del pueblo hebreo, sacado por la mano de Dios de entre las naciones corrompidas, y conservado á costa de prodigios contra el tenaz empeño y general odio de sus enemigos y perseguidores. La unidad de Dios, que es el fundamento de la unidad de creencias, y por consiguiente el fundamento de la autoridad, sin la cual la unidad no se conserva, puede considerarse como la piedra angular del edificio católico, ó como la columna á que están agarrados el primero y el último eslabon de esa maravillosa cadena que pone á los cielos en comunicacion y relaciones con la tierra. Por lo tanto, si el catolicismo es, en último resultado, la unidad y la universalidad en religion, conservadas por la autoridad doctrinal, bien puede decirse que existia en gérmen en la que llamamos *Antigua Ley*. No importa que el verdadero Dios

fuese en ella adorado en un solo templo y por un solo pueblo: ¿era esto por defecto de Dios, ó por culpa de los hombres? La unidad de Dios, y el culto que tan esmeradamente la conservaba, ¿encontraron por ventura *naturales ó intrínsecas* repugnancias en el corazón ó en el entendimiento de las gentes? No: la contradicción era efecto de la propia perversidad; así como el ser ahora rechazado el catolicismo en muchos países, y el no estar en ellos admitido, no consiste en que sea incompatible con la naturaleza racional, sino con sus vicios y corrupciones. En todos los países y en todos los corazones, lejos de encontrar obstáculos, digámoslo así, naturales, halla, por el contrario, plantas secas que con avidez desean y reciben las aguas del cielo. El catolicismo es natural bajo este punto de vista; y si así no fuese, no sería digno de semejante nombre.

Es decir que con el catolicismo, mas ó menos desenvuelto, mas ó menos aplicado, ó, lo que es lo mismo, con la unidad de Dios y con la unidad de creencias, que es su corolario, es como ha venido manteniéndose la sociedad antigua; y desde el momento en que aquella unidad ha comenzado á desfigurarse ó perderse, se han relajado á proporcion los vínculos religiosos y sociales. Así, las sociedades donde el politeísmo era permitido, no fueron propiamente tales, sino mas bien el conjunto de pueblos unidos por principios muy subalternos, y por consiguiente débiles, ó por intereses puramente secundarios. Los mismos pueblos idólatras, cuando los vemos sostener á su modo y de la manera relativamente posible la unidad de su Dios, aparecen dotados de vida social y pública, mientras este lazo fundamental los une bajo la fuerza de una idea; como sucedió en Roma en tanto que no erigió altares mas que á una sola divinidad; pero ese mismo prepotente pueblo que con sus victorias lleva á la Ciudad Eterna los dioses de todo el universo vencido, ve su túnica de Rey despedazada por las lanzas de los bárbaros, sin tener una fuerza propiamente social que oponer á sus invasores. Si confiaba en la fuerza bruta, la fuerza bruta le condenó á ser esclavo; como para significarle que no habia ya patria donde no se adoraba un solo Dios, y que habia hombres, pero no pueblos, donde los dioses eran innumerables.

Me da mucho en qué pensar el casi idéntico fin que han tenido el pueblo judío y el antiguo pueblo romano. ¿Dónde está el pueblo del Desierto y de Jerusalem? ¿Dónde está el pueblo del Circo, del anfiteatro y del Foro? Hijos de las victorias uno y otro, no les ha quedado ya ni un solo retazo de sus triunfantes pendones, hechos pedazos; por Tito los del hebreo, y por Atila los del romano. Y es que ambos resistieron á la ley de la unidad, sin la cual no hay vida y conservacion para las sociedades ni para los principios. El pueblo judío, tan propenso á idolatrar y á ver dioses donde ni siquiera habia hombres, parece como que representaba la oposicion á la unidad religiosa, que era lo que así Dios como Moisés habian tratado, con tan esquisito cuidado, de mantener pura en el pueblo escogido. Cuando llega el momento de reconocer á Cristo, que era *una misma* cosa con su Padre, y que representaba, no solo la unidad, sino la sencillez y la majestad de la persona que por no tener igual en la tierra no necesitaba hacer fastuosos alardes de esterioridad y de fuerza,

incompatibles, por otro lado, con el carácter de su misión divina; ese pueblo, digo, da entonces rienda suelta á sus propensiones y á su habitual ingratitude, y proclama el culto de todas las divinidades, en el hecho de decir que no queria mas Rey que al César, jefe del imperio romano, donde aun para las mas extravagantes habia levantados innumerables altares. Pero hay aquí una cosa muy digna de notarse. El pueblo deicida se queda completamente sin dioses: sin los dioses de la tierra, y sin el verdadero Dios del cielo. Cristo le declara indigno de ser su hijo, y el pueblo romano casi ni como esclavo quiere recibirle. Ha caído, en efecto, sobre él *la sangre del Justo*; y como náufragos que se han escapado de las garras de la muerte en la furia de una tempestad, los descendientes de Jacob andan por el mundo asustados todavía de su propio crimen, buscando un Rey que no encuentran, un asilo que á duras penas se les concede, un templo que no se les permite. Ellos... ellos, por cuya libertad habian peleado el cielo y la tierra, miran hoy como un singular favor el que se les conceda en cualquiera país el derecho de ciudadanía, es decir, el deber de obedecer y de someterse, cosa que en todo tiempo le costó gran trabajo observar.

El pueblo hebreo, pues, ha muerto por resistir siempre á la ley de la unidad, cuya conservacion es lo que Dios se propuso al separarle de los demas pueblos. A fuerza de prodigios, y por los altísimos fines que el cielo tenia que realizar en el seno de ese mismo pueblo, los descendientes de Jacob perpetuaron por muchos siglos la promesa del Mesías, que habia de venir á colmar las esperanzas de las naciones; pero, concluido su destino, que era el de perpetuar aquella promesa, y teñidas sus manos con la sangre del Justo, á quien no quisieron reconocer, han desaparecido de la escena social, para enseñar con su historia á las generaciones sucesivas que no se infringe impunemente la ley de la unidad religiosa. Ahí teneis á ese pueblo, anti-unitarios: ahí le teneis; tan dividido como la túnica de Cristo, que sus antepasados, con tan loco placer, vieron sorteada. Aquellos que no quieren mas Rey que á *los Césares de la tierra*, aprendan lo que les conviene saber en el desenlace que ha tenido la prodigiosa historia de un pueblo que debió tan señalados favores al Escelso. Pedia su libertad, y no ha encontrado mas que eterna esclavitud.

III.

El pueblo romano presenta el mismo fin que, segun hemos visto, tuvo el pueblo judío infiel á Dios y á la ley de la unidad. Despues de la nacion hebrea, el pueblo romano es el pueblo mas providencial de la tierra. Las naciones poderosas y las monarquías ilustres que le preceden en la dominacion y en la historia; las derrotas como los triunfos, las luces como la ignorancia, la paz como la guerra, todo va encaminado á crear una situacion ó un imperio donde los designios de Dios habian de realizarse de tan portentosa manera. El mundo conocido tenia á la sazón que ser *uno*; lo primero, para que la venida del Redentor que habia de hermanar y conciliar todas las cosas, se verificase cuando no hubiese en la tierra mas que *una* sola ley; así como convenia estuviese el mundo en paz, y cerrado el templo de Jano, cuando apareciese el Rey pacífico; y lo segundo, para que contrasta-

se admirablemente con el colosal poder que no podría menos de representar un inmenso imperio, la debilidad de los medios á cuyo impulso, luego que muriese Jesucristo, había de cambiar de faz el mundo todo.

Convenia, en efecto, que al nacer el cristianismo estuviese el mundo pagano en posesion de toda la fuerza y de todo el prestigio de que era susceptible en el curso de su engrandecimiento. Porque si la tierra hubiese estado dividida en diferentes naciones, y con leyes diversas, los triunfos del cristianismo en ellas se habrían atribuido, ó á la debilidad de los gobiernos en unas, ó á la ineficacia de las leyes en otras, ó á los atractivos que tiene para el hombre la novedad, en muchas; pero cuando la Religion cristiana se establece y propaga en el mundo, luchando contra el colosal imperio que había de poner en juego todos los recursos de que no podía menos de disponer aquel gigante de poder y de fuerza; cuando la Religion se establece y propaga venciendo los obstáculos que el amor propio del imperio había de presentar á su triunfo; cuando se establece y propaga contra los esfuerzos de toda la tierra, que era romana, y sube al Capitolio, y habla, y subyuga... no hay mas remedio sino conceder la sobrenatural virtud que la sostenia.

El destino, pues, del imperio romano, segun los designios de Dios, era realizar la unidad política en el universo, para darle despues fácilmente la unidad religiosa. Ya no había de haber judío y gentil, griego y bárbaro, ni ninguna de aquellas diferencias que servian de muro de division entre los pueblos. Jesucristo, segundo y celestial Adán, viene á levantar á todo el género humano del suelo por donde se arrastraba; y ningun pueblo, ni ningun hombre tiene mas derecho que otro para llamarle Padre y Salvador; así como ningun pueblo ni ningun hombre puede arrogarse el privilegio de no creerse manchado en el primer padre delincuente. Todo va marchando aquí en la unidad y en la universalidad: estas son las leyes supremas de toda la divina economía, y cualquiera cosa que en la sociedad cristiana se advierta en discordancia con aquellas dos grandes propiedades de las obras de Dios, podemos miraras, ó de sospechoso origen, ó de no difícil reversion hacia aquellos dos grandes centros, si detenidamente las examinamos.

El imperio romano, segun se deja conocer, tenia que sucumbir por ser infiel á su mision, en un período mas ó menos próximo. Ya he dicho que su destino era fundar la unidad política, ó la unidad del universo bajo el punto de vista de gobierno; por manera que desde el momento en que se le ve abdicar esta mision, en el hecho mismo de adorar á todas las divinidades gentílicas, y declarar tan porfiada guerra á la cruz, que era el símbolo de la union de todos los pueblos, se pudo considerar como pueblo muerto en los designios de Dios y en la historia de los hombres. Aquel desasosiego en que entra el imperio, aquella especie de rabiosa zozobra que tiene tan inquietos y como fuera de sí á sus Emperadores, ¿creeis que era puramente sed de sangre humana y un bárbaro placer de ver los cristianos en el Circo víctimas de las fieras? No era eso solo, no: era la lucha de la agonía; pero de aquella agonía voluntaria en que se colocan los hombres y las naciones cuando resisten á su destino, arrebatándose á sí mismos la vida que suponen les usurpan sus

adversarios. Como el pueblo judío, dijo tambien el romano que no queria reconocer al Justo; y las águilas victoriosas, que tan alto habían remontado su vuelo, caen por la roca Tarpeya, para que la cruz subiese al Capitolio, donde brilla cada vez con mas fulgentes resplandores. Los tiranos abandonaron el solio, y los verdugos arrojaron sus hachas; y sale de las Catacumbas, cuna del cristianismo naciente, el nuevo pueblo que no tendrá ya fin aunque viva siempre entre tribulaciones.

Para que se vea que la unidad del imperio entraba en los designios providenciales como medio de realizar la unidad religiosa por la eficacia del cristianismo, no hay mas que observar la circunstancia de la disolucion de aquel, en los momentos en que la Religion del Crucificado estaba ya admitida como ley en toda la tierra. Constantino es al fin el Emperador escogido por Dios para tan grande obra, y, realizada esta despues de tan prolongadas luchas, el imperio romano, carcomido ademas por sus vicios, espira luego en los brazos de las bárbaras huestes, de que no sabe librarse.

Repito que es muy digna de estudio esta parte de la historia, y, segun los alcances de mi escaso criterio, juzgo que ella y la revolucion francesa del siglo pasado son los dos mas grandes hechos, ó, mejor dicho, las dos mas estrepitosas y horribles consecuencias que leo en los anales de la tierra.

Pero lo que hay aquí muy digno de notarse, es el modo con que la Religion cristiana sigue, por el curso de sus victorias y de sus triunfos, rehabilitando á los pueblos que se hallaban fuera de las condiciones de la civilizacion, ora se encontrasen, como el romano, con ilustracion y con fuerza, ora se hallasen envueltos en las tinieblas de la barbarie, como los hijos del Norte, que se arrojan sobre el Occidente. La Religion se había mostrado ya divina venciendo la fuerza y la cultura del siglo de Augusto; y ahora, divina tambien, debe mostrarse venciendo la barbarie. En el primer caso se mostró inmortal, y en el segundo tiene que darse á conocer como civilizadora. Siempre, como veis, siempre revelando su altísimo origen, y ejerciendo de un modo admirable sobre los pueblos una influencia que instituciones puramente humanas no hubieran podido nunca universalizar.

En efecto: un pueblo nuevo sale del Norte de Europa y del Asia, de los bosques de la Germania, para sustituir al pueblo viejo que se confunde, se desmorona y desaparece. Como había brillado la *debilidad* de la Cruz venciendo la fuerza del imperio, y su *necedad* oscureciendo la sabiduría del paganismo, así en la civilizacion de los rudos hijos del Norte se manifiesta la Iglesia como cariñosa madre que, llena de perseverancia, consigue suavizar las ásperas y bárbaras costumbres de los nuevos huéspedes de esta parte de Europa. Esos mismos pueblos reciben luego dóciles la palabra de la fe, como el viajero, fatigado del camino y abrasado por el sol y por el polvo, aplica sus ardorosos labios á la copa que le presenta cristalinas y frescas aguas. Todo es tambien, respecto de este pueblo, misterioso y providencial. La sabiduría pagana que la antigua Roma representaba, no evita al imperio su destruccion; y la ferocidad germánica, asociándose á la Cruz, se constituye como el foco y principio de una civilizacion nueva. ¿No es admirable

semejante fenómeno? ¿Puede ser estudiado sin que resulte una inmensa gloria para el catolicismo?

Si la cultura moral é intelectual; si la suavidad de costumbres; si la civilizacion, en una palabra, se hubiese llevado á cabo en la Europa dominando todavía el imperio romano, seguro estoy de que se habria dicho y se repetiría ahora que el mundo civilizado no era hechura del cristianismo, sino de la ilustracion pagana influyente ó preponderante, despojando así á la fe católica de uno de los mas brillantes títulos que tiene al reconocimiento público y á la universal admiracion. La misma razon que hubo para no escoger por apóstoles sino á rústicos é indoctos operarios, así las monarquías bárbaras, que nacen de la irrupcion, son las escogidas para recibir de lleno las influencias del espíritu cristiano y propagarle y extenderle en la Europa, teñida con la fecunda sangre de los mártires. Todo comienza luego á marchar bajo las inspiraciones de la Cruz. La unidad, tan apetecida y buscada, por ser la primera de las necesidades sociales, tiene su base ó su punto de partida, aquí, aquí mismo; en las monarquías bárbaras que se hacen cristianas, como para confundir al antiguo imperio, tan endurecido como Faraon y tan sordo como este á los repetidos avisos de Dios. Por manera que el célebre imperio, contando con infinitos elementos de vida política, sucumbe porque hizo guerra durante tantos años al principio de unidad: y los bárbaros que heredan su patrimonio, no teniendo ni representando ningun principio político, ninguna idea social, ningun recuerdo gloriosamente histórico, engrandécense de dia en dia porque se acogen á la sombra del Santo Madero, que significa la mas ilimitada *universalidad* en la mas estrecha é inviolable *unidad*.

Los siglos van marchando, y no vemos un hecho, un acontecimiento, un suceso, una época, una revolucion que no tenga en la historia su filosofía y su trascendencia *à priori* y *à posteriori*, por el principio de unidad, que salva y eleva, ó por el principio contrario que pierde y destruye. Error grande cometen todos aquellos que, al tiempo de estudiar una fase ó un período trascendental en la vida de las sociedades, quieren verle nacer á sus mismos pies, ó que caiga de las manos de las generaciones contemporáneas. Así nunca habrá filosofía de la historia, como no la hay, científicamente hablando, mientras en la cadena ó en el orden de los seres no subimos, desde el gusanillo que deshacemos con nuestras plantas, hasta Dios, que adoramos con nuestro corazon y saludamos reverentemente con nuestras cabezas. Donde hay límite, no hay filosofía; habrá, todo lo mas, un paso hácia la filosofía. Hasta que llegamos á Dios, no se encuentra la verdadera *razon*, la suprema, la que llena el mundo, y por consiguiente la que le explica de un modo completo.

Digo esto, porque quiero dejar sentado, antes de proseguir el exámen de que ahora me ocupo, que rarísima vez pueden explicarse los acontecimientos históricos, y menos aun los trascendentales, por causas inmediatas al tiempo y lugar en que suceden. Es preciso simplificar mucho las causas verdaderamente producentes, pues de este modo podremos hacerlas grandes; y ademas de que así se despeja estraordinariamente el terreno de nuestras investigaciones, evitamos incurrir en el absurdo de

tener que atribuir á causas pequeñas efectos colosales, y á influencias de localidad ó de personas resultados que no cogen en el mundo. La ley de la unidad, ó su infraccion, me ayudarán para seguir explicando así la sociedad bárbara con su civilizacion, como la sociedad ilustrada con su barbarie.

JUAN GONZALEZ, *dignidad de chantre*.

Valladolid.—Mayo, 1869.

DE LA PROPIEDAD.

El primer campanario que se eche á tierra, aplastará las casas que se cobijaran á su sombra; en el primer sagrario que se viole, se irá á buscar la llave del arca de los capitalistas.

I.

En estos términos tan exactos como enérgicos se expresaba há poco tiempo el primero de los publicistas franceses, contemplando, por una parte, lo que el gobierno imperial consentia hiciesen las sectas y los partidos revolucionarios contra la Religion, y por otra, lo que adelantaban las ideas socialistas; hoy la verdad de esas palabras aparece triste y plenamente comprobada en lo que sucede entre nosotros desde la revolucion de setiembre. Nosotros hemos creído siempre, y hemos dicho mil veces, que el socialismo era, no la idea, sino el hecho único que se produjera en España en la proporcion misma en que se persiguiese y maltratara á la Iglesia; solo perseguir y maltratar á la Iglesia ha sabido hasta ahora el poder que surgiera de la Revolucion y los partidos á cuyos instintos ha venido á dar expansion absoluta, y véase lo que acontece: el socialismo, practicado sin temor de ley ni escrúpulo de conciencia en Andalucía, domina á los legisladores encargados de cortar sus efectos, hasta el punto de obtener su sancion en la misma circunstancia en que se presentan á protestar contra ellos.

Todas las predicciones se han realizado, y las armas que se esgrimieron inicuaente contra la tradicion y los más venerandos derechos en la primera época revolucionaria, y desde entonces hasta estos últimos tiempos, se vuelven hoy lógicamente contra los que usaron de ellas con refinada hipocresía, mas irritante y repugnante aun que la misma maldad de la cosa y de los hechos. No se nos diga que atacamos á lo que está caído, ni que rechazamos á lo que viene hácia nosotros, ni que ahondamos las divisiones en vez de allanar el camino para la union. Al señalar el mal y el origen del mal, no nos acordamos ni de los hombres que lo impusieron, ni de los que lo han mantenido; con esto, lejos de retraer á los conversos, les afirmamos en su nueva fe, y ennoblecemos su creencia: que es laudable y nobilísimo acto separarse de lo malo porque es malo, en vez de hacer abstraccion de lo bueno y de lo malo, atendiendo solo á lo que cae para despreciarlo, y á lo que se levanta para aclamarlo. Finalmente, aun cuando así fuera; aun cuando hiriéramos algunas susceptibilidades, poco vale todo eso; poco valen nuestras opiniones y sentimientos personales cuando se trata de una cuestion tan vital y ya entre nosotros de tal modo planteada, que en ella se agita la vida de la sociedad española, porque recae sobre uno de los principios constitutivos de toda sociedad.

Abordemos, por tanto, esa cuestion resueltamente: dejándonos de abstracciones, digamos lo que la propiedad ha sido siempre en todos los pueblos y en todos los tiempos; demostremos que allí donde no existe la propiedad, no es posible la familia, se hace aborrecible el trabajo, y se cae en la barbarie; señalemos ademas la ilacion lógica que en el terreno especulativo, como en el de los hechos, ha producido la negacion absoluta del derecho, y la práctica descarada del despojo. Así, viendo ya

abierto ante nuestros ojos el abismo, sabremos por dónde retroceder, y lograremos que el instinto de conservación dé alientos á los hombres mas tímidos, y que la evidencia de la razon y de la verdad convenza á los revolucionarios mas recalcitrantes.

II.

Se ha dicho que no se ha dado, y que no puede darse, un pueblo de ateos; y con la misma verdad, y estamos por decir que por la misma razon, altísima razon, puede asegurarse que ni ha habido ni habrá nacion ni pueblo ninguno que desconozca la propiedad, y que subsista sin que ese derecho que arranca de la misma naturaleza del hombre y de una de las necesidades primordiales de la sociedad, tenga sancion eficazísima. El comunismo se ha practicado sin duda alguna; casi todos los pueblos de la antigua Grecia vivieron dentro del régimen de la comunidad; una forma y no otra cosa del comunismo fue el cesarismo romano; pero se engaña miserablemente quien se figure que ni en Grecia ni en Roma existió la propiedad reconocida como derecho y sancionada por ley; no faltaron legisladores en Grecia y en Roma, y no pocas leyes del Derecho romano en materia de propiedad se hallan en el Derecho de los pueblos europeos. Existía la propiedad, solo que por natural consecuencia de un falso principio religioso y como resultado lógico del extravío humano en el camino del error, la propiedad recaía mas sobre los hombres que sobre las cosas; hacia de los hombres cosas, y sobre los hombres se establecía la propiedad colectiva é individual. Así, para no poner sino el ejemplo que nos citan los enemigos de la propiedad, Esparta no vivía sin ella; un reducido número de ciudadanos poseía colectivamente, *pro indiviso*, digámoslo así, y turnando en su administracion, la propiedad de los ilotas, cuyo sudor alimentaba el orgullo de aquellos fieros republicanos, prototipo de nuestros revolucionarios.

No hurtarás: estas palabras que Moisés oyó pronunciar en el Sinaí, nos dicen de dónde parte el derecho de propiedad y nos esplican cómo la propiedad ha existido en todos los tiempos y en todos los pueblos, y por qué sin la propiedad no puede existir la sociedad, para la cual ha nacido el hombre, y fuera de la cual fenecería el linaje humano. Pero la faz del mundo moral, como todo en el mismo mundo, debía cambiar con la venida de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos divinos mandamientos, al consagrar y sancionar de nuevo el derecho de propiedad, al hacer que el respeto á la propiedad pasara á las costumbres, la aseguró mas firmemente que por la ley, y á la vez la puso al servicio de la indigencia y de las necesidades humanas.

Harto conocidas son las vulgaridades que corren impresas en historias célebres y tratados famosos acerca de los siervos de la gleba y de los horrores del feudalismo; pero ya ha llegado la época de que se haga la debida justicia á las instituciones con las cuales vivió vida gloriosa y constantemente progresiva la Europa cristiana. Sin duda en el bosquejo del orden perfecto que representan los diversos tiempos de la civilizacion, el que nos recuerda la época feudal ofrece mas de una línea imperfecta, mas de una aspereza y no pocos ángulos salientes; pero en la base, como en la cúpula y en todo, se descubre visiblemente la fe, y la fe todo lo regulariza y todo lo hermosea. Infinitas cabañas, y aun habitaciones de la clase media, se cobijaban á la sombra de los castillos feudales, mientras á la de los conventos se fundaban opulentas ciudades; y mas son las cabañas arruinadas por la caída de los torreones y de las almenas señoriales, que las que en tristes condiciones de moralidad se han levantado raquíticas y miserables sobre los fuertes cimientos de las fortalezas feudales. No era aquello perfecto, pero se acercaba á la perfeccion; buscaba sobre todo ansiosa y noblemente la perfeccion, y respondía á los sentimientos y á las necesidades de los pueblos, como lo prueba su duracion, los siglos que vivieron aquellas instituciones, tan despreciadas por los hombres que nos están dando otras que apenas viven lo que viven las flores, sin que

tengan ni su hermosura ni su perfume pasajeros. Y aparte de eso, en cuanto á los mismos defectos, en cuanto á los mismos inconvenientes de aquellas instituciones, nada mas absurdo y mas injusto que acusar de esos males precisamente á quien trabajó sin cesar por atenuarlos y estirparlos; á la Iglesia, que introdujo en las leyes, y sobre todo en las costumbres, el respeto á la propiedad, haciendo de la familia y de la propiedad compenetradas, digámoslo así, por el espíritu católico, la base de esas sociedades cuyo rápido progreso, en todo y por todo, asombra á la inteligencia, que las contempla en el curso de los sucesos.

¿Quiere esto decir que no hubiera entonces ningun ataque á la propiedad? No, por cierto. Entonces, como hoy, se vió atacada la propiedad, y por ella y con ella la sociedad, por las sectas, por las herejías; pero la sociedad rechazó la herejía, y los ataques fueron á mano armada, no pasaron á la ley, y no se infiltraron en las costumbres. Porque aquí está siempre todo: fuera de la Iglesia, ó contra la Iglesia, para la propiedad, como para todo, no hay salvacion posible.

III.

El primer ataque, claro, evidente y decisivo, á la propiedad que se registra en la historia de la Europa católica, tuvo lugar á poco de la aparicion del protestantismo, tan pronto como dominó en ciertos puntos de Alemania. Entre Lutero y Juan de Leyden, entre el protestantismo y el socialismo, no se halla solucion de continuidad en el hecho, es decir, en la aparicion, como no la hay ni la puede haber en las ideas de Lutero y Proudhon, ó en las de Melancthon y en las de Barbés.

En 1848, ante la proposicion de Proudhon en la Asamblea; ante los ataques que todos los periódicos socialistas dirigian al capital; despues de las terribles jornadas de Julio, que no impidieron que los socialistas tuvieran 250 votos en la Asamblea legislativa, Thiers esclamaba, espresando tanta angustia como sorpresa: «¡No se comprende que hayamos llegado á una época en que sea necesario defender la propiedad y el capital contra hombres que se creen con derecho á concluir con ellos, y que piden su ruina en nombre de las ideas de progreso, para el bienestar de las sociedades, como si las sociedades pudieran subsistir sin la familia, la familia sin el trabajo, y el trabajo sin el respeto mas absoluto al capital y á la propiedad!» ¡Ah! ciertamente asombra que en nombre del bienestar, de la moralidad y del progreso de los pueblos, se quiera acabar con la propiedad; pero en Thiers asombra mas su asombro personal que todo lo restante. En el fondo de las cosas, en su esencia, Thiers estaba lleno de razon; pero solo tenia razon por una inconsecuencia. El, como todos los ministros del doctrinarismo, como todos los hombres que, en mas ó en menos, habian aceptado el principio y los hechos revolucionarios en el siglo xvi en la reforma de Lutero, en 1789 en la obra de los convencionales franceses, nada podian oponer lógicamente en ningun terreno á los enemigos de la propiedad; y hé ahí la causa de que en su duelo oratorio con Proudhon, á pesar de la superioridad de su elocuencia y de la bondad y verdad absoluta de la causa que defendía, la victoria quedara dudosa.

Proudhon, argumentando *ad hominem*, era irrefutable.

—Vosotros, decia en sustancia á Thiers y á todos los conservadores por el estilo de Thiers; vosotros, que os declarais partidarios de los principios de 1789; vosotros, que habeis imitado la conducta de nuestros padres en nuestra gran revolucion, faltais á la lógica y á la razon al defender hoy la propiedad, contra la cual, como contra todos los privilegios, y por la igualdad y el bienestar de los pueblos, se proclamaron aquellos principios y se consumó aquella revolución. En 1789, los bienes de la Iglesia se declararon bienes nacionales; en 1830 se ha repetido esa declaracion, que lleva la autoridad de vuestras firmas; y lo que yo pretendo que me digais, y lo que vosotros no podeis decirme, es cuáles son los títulos que hacen sagrada la propiedad, y qué título de esos puede alegar en su favor la propiedad particular que no se encontrara de

parte de la propiedad de la Iglesia, mas perfectamente reconocido.

Los únicos títulos de propiedad, á vuestro juicio, y al rechazar, como rechazais, el derecho divino (continuaba diciendo, pero ya se comprende que condensamos sus argumentos, y que estas no son sus palabras testuales), son la ocupacion, la invencion, la donacion y la prescripcion. Ahora bien: en cuanto á la ocupacion, aparecia sin sombra de duda y perceptible, aun en la lejanía de los tiempos, el derecho pleno de la Iglesia propietaria por ocupacion de todo el terreno erial de Europa; la invencion tambien favorece á la Iglesia como á nadie, pues que á ella se le debe el trabajo que constituye todas nuestras riquezas; la donacion es tan legítima para ellos como lo es para los hijos la herencia de los padres; y en cuanto á la prescripcion, la tenia desde tiempo inmemorial, y contra los bienes de la Iglesia no se daba sino en cien años; porque ademas de lo dicho, bajo el punto de vista legal, para la ley, la propiedad de la Iglesia era la mas sagrada, y la protegía una sancion especialísima. Así, pues, todos los argumentos con que hoy defendeis la propiedad particular se vuelven contra vosotros por los hechos que habeis consumado y que habeis aplaudido contra la propiedad de la Iglesia. Si por otra parte los pueblos, sin escrúpulo ninguno, seguros de su derecho, á pesar de lo que beneficiaban los bienes de la Iglesia destinados á socorrerles y aliviarles, despojaron de ellos á los que se llamaban sus dueños, torpemente os engañais al figuraros que ahora va á respetar esos otros bienes que, sin títulos que los abonen, le insultan en su pobreza sin aliviarle en su miseria.

¡La Iglesia! Ahí está, y bien claro aparece por las palabras de Proudhon, lo que todo lo salva, lo que resguarda todos los derechos; por eso se prueba igualmente la verdad de las palabras trascritas á la cabeza de estas líneas.

IV.

Pero ya lo hemos dicho igualmente: la verdad de esas palabras se ve hoy entre nosotros mejor que en ninguna parte por lo que está ocurriendo en Andalucía y en muchos pueblos de Extremadura, la Mancha y aun Castilla, á la vez que el gobierno provisional y los *conservadores*, de entre los hombres y los partidos de setiembre, se encuentran enfrente de los socialistas andaluces y extremeños, como Thiers enfrente de Proudhon.

Y sin embargo, en medio de esa semejanza, ¡qué diferencia! El socialismo en Francia, en 1848, como hoy, es una idea; entre nosotros es un sentimiento: allí, fuera de los despojos de la Iglesia, no ha salido del terreno de la teoría; entre nosotros, con que se conozca la teoría, la práctica se deja sentir de una manera aterradora: en Francia, al fin y al cabo, Thiers discutía con Proudhon, y reconociendo sus errores pasados por la inconsecuencia de su conducta, ya que no por declaracion solemne en sus palabras, sacaba á salvo la propiedad; entre nosotros, los legisladores y los guardadores de la ley ni siquiera han sabido mostrarse inconsecuentes á fuerza de inconsecuencia, porque, empezando por clamar contra los repartidores de la propiedad, acabaron por dividir la propiedad en legítima é ilegítima; de tal suerte, que se condenaron á sí propios y absolvieron á los socialistas. La posesion puede ser ilegítima; lo es muchas veces; hoy lo es en casi todas las cosas; pero la propiedad es siempre legítima: lo que tiene alguna mancha, alguna sombra, ya no es propiedad; y la propiedad no admite division ó clasificacion, ni para ser garantida, ni para quedar abandonada. El ingeniero Sr. Sagasta fue quien habló de propiedad ilegítima, y sin duda tiene por propiedad ilegítima la de la Iglesia, de que su compañero el Sr. Zorrilla se incauta con tan singular desenfado. ¡Infelices ministros los que tales cosas dicen y hacen; pero aun mas infeliz nacion que á tales ministros tolera!

La propiedad es sagrada porque es de derecho divino, de donde ha pasado al derecho humano; y si cupiera medida en lo que parte de un mismo derecho tan superior, concluiríamos que la propiedad de la Iglesia es mas

sagrada que las demas, como podemos decir, apoyándonos en los hechos, que allí donde se ataca la propiedad de la Iglesia, no hay propiedad segura. Volvamos á las antiguas verdades y acabaremos con los crímenes modernos, porque serán tenidos por crímenes, y no por acciones meritorias. Cuando á los despojadores de los bienes de la Iglesia se les llame por su nombre, el socialismo será el robo, y habrá desaparecido de España. Por fortuna no está lejos el dia en que esto suceda: los intereses, justamente alarmados ante esos hechos inauditos y ante esas declaraciones que les justifican y les estimulan, van á buscar amparo y proteccion allí donde saben y sienten que han de hallarle eficaz y completo.

A. J. DE VILDÓSOLA.

LA BANDERA DE LA CONCILIACION.

Es necesario que de una vez para siempre acaben los partidos en España. No hay modo de gobernar un país, y menos todavía de administrarle con honradez, cuando se siente desgarrado por la discordia que engendran las pasiones de partido. La corrupcion del gobierno y de la administracion, que ha traído á la patria al lastimoso estado en que hoy se encuentra, no tiene mas origen que los partidos. Ellos lo han corrompido y malversado todo; ellos han hecho correr á torrentes la sangre de los españoles; ellos han lanzado por el camino de la política á una generacion entera, que solo ha dejado en pos de sí miseria é ignominia, cuando pudo dejar honra y riqueza si el bien de la patria y no el bien de un partido hubiera sido el objeto de sus afanes.

Treinta y cinco años hace que en España no se sigue mas que una política: la política del odio y de la venganza. Odio del Trono contra la Iglesia; odio del pueblo contra el Trono; venganza de los moderados contra los progresistas; venganza de los unionistas contra los moderados; ¡venganza y odio de padres contra hijos, de hermanos contra hermanos! Y es porque eso que se llama *liberalismo* y *revolucion* es la encarnacion viva del odio; es la venganza elevada á principio político y á práctica constante de gobierno. ¿Qué otra cosa hay en el fondo de la revolucion de setiembre sino odio y venganza? ¿Se ha hecho, por ventura, esta revolucion en contra de la Monarquía? No. ¿Se ha hecho en contra de alguna escuela ó de algun sistema político? Tampoco. La Monarquía alienta y vive hoy en España, acaso con mas aliento y con mas vida que nunca; así como el sistema político que hoy rige es poco mas ó menos como el que ha estado rigiendo en el espacio de cinco lustros. Odio al Trono de Isabel II, odio á los moderados, venganza contra aquel y contra estos; tales han sido los móviles de la revolucion de setiembre. ¿De qué si no habian de ser revolucionarios Prim, Serrano y Topete? ¿Qué saben ellos lo que es revolucion, lo que es libertad y lo que es gobierno? Ellos sabian que Narvaez habia muerto, y con él el partido moderado; sabian que O'Donnell habia muerto tambien, y que era necesario recoger su herencia; y, por último, sabian perfectamente que no habia manera de conquistar el presupuesto sino por medio de un motin. Y de resultas hicieron el motin, y acometieron en Alcolea contra los moderados al grito de ¡*Viva la libertad!* con el mismo entusiasmo con que Prim acometió en Reus á los progresistas para hacerse conde, y Serrano á Prim el 22 de junio para mantenerse en el poder. Odio de partido y medro personal: no ha habido mas ni menos, ni es posible que haya otra cosa con tales gentes y con tales principios políticos.

¿Pero es hora ya de que todo esto acabe? ¿Es hora de que suceda el amor al odio, el perdón á la venganza, la economía al despilfarro, la virtud á la iniquidad? Sí que es hora, porque España no puede continuar así. Mientras los hombres públicos, prescindiendo completamente de los intereses y de la honra del país, solo vean

en la adquisición del poder un *negocio* personal, un modo de conquistar honores ó riquezas, será imposible poner remedio á esta disolución social que se nos viene encima. ¡Imposible! Y, siguiendo por este camino, llegará día en que los españoles, ávidos de paz, pedirán á gritos que España se convierta en provincia francesa, porque será preferible perder la independencia de la patria y vivir sujetos al régimen imperial de Napoleón III, que no tener segura la vida ni la hacienda.

Puede llegar este momento horrible en que la necesidad de vivir sea primero que todo, primero que la independencia y que la honra; y este momento no está lejano si los hombres conservadores, si esos que representan los grandes intereses sociales, continúan en la vergonzosa apatía en que hoy reposan, sin atreverse á hacer el mas ligero sacrificio favorable al orden y á la monarquía tradicional española, en que el orden está representado.

Es fuerza que lo digamos todo, y que lo digamos muy claramente, porque la hora sonó en que es un crimen ocultar la verdad. ¡Fuera silencios y prudencias cobardes! Si hoy vemos los altares de nuestro Dios hollados, las instituciones fundamentales despedazadas, la propiedad insegura, la vida espuesta, la revolución triunfante, en una palabra, es por culpa de los Grandes, de los conservadores y de esos que malamente se llaman *hombres de orden*: no es culpa de los revolucionarios, que han encontrado espedito el camino para llegar á su fin. ¿Y no habian de llegar? Pues si los intereses sociales, que deben naturalmente resistir á todo movimiento revolucionario, han coadyuvado á ese movimiento, ¿no habia de triunfar la revolución? ¿Qué ha hecho la nobleza española en pro del orden? ¿Qué han hecho la gran propiedad, la gran industria y el gran comercio? Nada, absolutamente nada; esclavos medrosos de todo poder, fuese el que fuese, han adulado á la revolución, han vivido á la sombra de todos los ministerios, se han arrastrado al pie de un Trono débil, ilegítimo é inepto; y cuando le han visto caer, como cae un fruto podrido, se han apresurado á tomar un puesto seguro en las filas de la revolución. Pero hoy conocen su error, y se espantan del abismo que se abre á sus pies: ven claramente ya la lógica revolucionaria, cuya última consecuencia es el socialismo..., y ellos no se atreven á llegar hasta ese punto. ¡Es claro! quien tiene algo que perder, no puede ser socialista; pero ¡desventurado de él si se pára en el camino y no retrocede á los verdaderos principios del orden! Si él no tiene valor para sacar la última consecuencia, la sacarán otros; si él no quiere repartirse los bienes del prójimo, no faltará quien de buen grado se reparta los suyos.

Oigannos bien los propietarios; oigannos los industriales y los comerciantes. Ellos, en resolución, pierden mas que nadie con las convulsiones políticas. Desde setiembre hasta la fecha el hambre ha ido en aumento; las rentas en disminucion; la industria está agonizando; el comercio no existe ya. Nadie cobra, nadie paga: nadie vende ni compra: nadie vive con esperanzas de que su trabajo sea provechoso. Y esto no puede seguir así. Un año mas en semejante situación, y España acabó para siempre. Es preciso, pues, buscar remedio para el mal, y este remedio solo puede hallarse allí de donde el daño ha provenido: en la política.

Pasó el tiempo de la inacción y del *¿qué se me da á mí?* Hay dos grandes campos abiertos, dos grandes banderas levantadas. El socialismo de una parte; la monarquía tradicional, prudente y justa de otra parte. En medio está el vacío, y en el vacío no pueden vivir las sociedades. Revolucionarios, ¡con la demagogia! Conservadores, ¡con Carlos VII!

Sí; con Carlos VII, en quien está evidente el punto de la conciliación de los intereses conservadores. Prescindamos de cuestiones pequeñas; busquemos el bien de la patria y nuestro propio bien. Investiguemos en dónde estará segura nuestra propiedad; cómo nuestra industria y nuestro comercio renacerán y prosperarán; dónde hallaremos trabajo, y sosiego para trabajar; quién podrá librarnos de motines, asonadas y revoluciones continuas. ¡Seamos

verdaderamente *egoístas* de una vez! No se trata solo de nuestras personas; no se trata del país: se trata de nuestras mujeres, de nuestros padres, de nuestros hijos! ¿Hay quien prescindiera del pan de sus hijos? Pues si esto dura mucho, faltará el pan aun á aquellos que juzgaban asegurado su porvenir.

Volvamos nuestros ojos al Rey de España, á Carlos VII, que no viene con añejas preocupaciones, ni con esos fantasmas ridículos que el procaz liberalismo le atribuye: que viene á dar paz y pan: que viene á conciliar lo conciliable, á conservar y á restaurar.

Paz y pan necesitamos; conciliación y justicia; y está ya averiguado por la experiencia que el liberalismo no da ni justicia, ni conciliación, ni pan, ni paz.

VALENTIN GOMEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

Aunque he oído decir muchas veces que en España no tenemos católicos liberales, no he creído nunca que esa negación lisa y llana, y tan escueta como acabo de indicarla y en realidad suele formularse, pueda pasar por una verdad absoluta.

Distingamos. Si al decir que no hay en España católicos liberales se quiere dar á entender que no hay aquí como en alguna nación extranjera un partido, ó, mejor, una escuela que merezca ese nombre, estoy conforme. Es verdad; por fortuna entre las numerosas plagas que con el liberalismo han caído sobre nuestra desventurada patria, no se cuenta la de un partido ó agrupación que, siguiendo las doctrinas del por otros conceptos ilustre conde de Montalembert, incurra sistemáticamente en la injustificable é incomprensible contradicción de profesar y practicar el catolicismo, y prescindir de él en la esfera de la política, para sustituirle con el racionalismo. Pero sí hay personas piadosas que no forman escuela, ni partido, ni agrupación grande ni pequeña, que no por maldad de corazón, sino por error de entendimiento, no han llegado á penetrarse del espíritu del liberalismo; y al mismo tiempo que son católicos, y católicos prácticos, por huir de un fantasma de absolutismo que los falsificadores de la historia han creado en su imaginación, hacen injustas concesiones á la idea liberal, y singularmente al doctrinarismo.

El espíritu de las tinieblas, director hábil, aunque oculto, de la revolución, tiene buen cuidado de que la verdad teórica aparezca en la práctica mañosamente encubierta por mil accidentes que hacen que se pierda de vista. De esta suerte, aunque la idea liberal sometida á la investigación del filósofo cristiano en el retiro de su gabinete no puede ocultar su procedencia luterana, ni su esencia puramente racionalista, y por consiguiente contraria á la revelación, á Dios y á toda autoridad temporal y eterna, en la práctica las cosas aparecen de otro modo, porque el liberalismo no descubre desde luego su tendencia á la generalidad, sino que se acomoda á las circunstancias de esta. Así, por ejemplo, en España penetró el liberalismo vendiendo favor á los Reyes, y combatiendo ciertas instituciones religiosas, á pretexto de mirar por la seguridad de aquellos; después aprovechó el momento de combatir á los Reyes, y afectó la forma de una Constitución política que, para abrirse camino, empezaba invocando el augusto misterio de la Santísima Trinidad; mas tarde, cuando ya habia ganado terreno, suprimió aquella fórmula; pero aun en medio de sus deslices, no se despojó del nombre de *católica*, y así poco á poco se fue abriendo camino y preparando la opinión sin reñir abiertamente con los sentimientos de la multitud; y si alguna vez chocaba con ellos, procuraba echar de sí la culpa y atribuirla á circunstancias fortuitas, ó, á lo sumo, á la necesidad de corregir abusos.

De este modo, anteponiendo siempre la pantalla de la libertad, fingiendo no combatir mas que la tiranía, y ocultando cuidadosamente su último fin, que es la des-

trucción del catolicismo, logró el liberalismo que sin conocerle le aceptaran muchas personas honradas que fueron tomando puesto, ya en las filas del partido progresista, ya en las del moderado, y han sido conocidas bajo el nombre de liberales de buena fe.

He dicho antes que *hay*, en mi opinión, algunos católicos liberales, aludiendo á estos liberales de buena fe; y la verdad es que quería decir *había*, porque (y hé aquí el objeto de este exordio) ¿pueden existir hoy en España liberales de buena fe? Después de haberse dejado ver el liberalismo en toda su hedionda desnudez, y dado á entender ya con bastante claridad á dónde van á parar sus predicaciones y sus trabajos, ¿puede, quien no tenga casi perdida la razón, decir: «yo soy católico, y sin embargo soy liberal?»

Porque, no nos cansemos en inútiles é impertinentes sofisterías: el liberalismo no es lo que cada cual quiera imaginar para su uso particular; el liberalismo es, por decirlo así, una herejía que ha escogido el campo de la política para oponerse á la Religión; es una hijuela del racionalismo, que, derivándose inmediatamente del protestantismo, se infiltra en el organismo social, va negando la autoridad en todas sus manifestaciones, sobreponiendo á ello la razón individual, y, por último, vuelve á enlazarse con el racionalismo para negar la revelación, y en último término á Dios.

Esto ha sido, esto es y esto será mientras viva el liberalismo. Y en España, al menos á la altura á que nos encontramos, después de una serie demasiado larga de hechos que no han tenido otro objeto que preparar el advenimiento de la revolución de setiembre, no es posible desconocer la esencia impía de la idea liberal.

La revolución de setiembre no ha tenido otro objeto que dar un gran golpe á la influencia del catolicismo. Prueba de esta verdad, el manifiesto del ministro de Estado á las potencias extranjeras anunciándoles el triunfo de la revolución y sus causas; prueba también, los decretos del ministro de Gracia y Justicia suprimiendo institutos religiosos, por considerarlos enemigos de la libertad; prueba, otros muchos decretos que no hay para qué recordar, ya del gobierno, ya de las juntas revolucionarias; prueba, en fin, el *Diario de las Sesiones* de las Cortes Constituyentes, que las generaciones venideras leerán con asombro y con vergüenza.

En la mente y en el corazón de todos está que la última evolución revolucionaria ña sido preparada y llevada á cabo para dar en tierra con nuestra unidad católica. Así es que por todos era esperado con ansia el momento en que se tratara de dar forma legal al pensamiento revolucionario; esto es, el momento en que se discutiera la llamada *cuestión religiosa*.

La discusión de este asunto empezó desde que se sometió al juicio de las Constituyentes el proyecto constitucional. Por la manera y las circunstancias en que se había elegido la Asamblea, y por los hombres que la componían, ¿quién podía forjarse ilusiones sobre el éxito de la discusión? El resultado era ya de antemano sabido. Uno de los ilustres Prelados que han venido á Madrid para tomar parte en los debates sobre la unidad católica, había dicho ya á la comisión constitucional: «Sabemos que venimos á pleito perdido.» Trataban, pues, tan solo de satisfacer la voz de la conciencia, que exigía por lo menos una solemne protesta contra el atentado que se iba á cometer; tratábase, en fin, de hacer honor á la causa.

Y en verdad que estos dos objetos se han llenado cumplidamente. El Sr. Obispo de Jaén y el Sr. Manterola, magistral de Vitoria, en la discusión de la totalidad del proyecto de Constitución, y después en la discusión de los artículos 20 y 21 el mismo Sr. Manterola y el señor Cardenal de Santiago, los Sres. Estrada, Ortiz de Zárate y Ochoa, han hecho cumplido honor á la causa. Todos esos señores juntos, y cada uno de ellos separadamente, han demostrado á la faz de España, con toda clase de argumentos, y mirando la cuestión bajo todos los aspectos imaginables, que si era posible que los enemigos de la unidad católica venciesen en la Cámara por el

número, no vencerían ciertamente por la razón; y han probado también que el sentimiento universal del país era contrario á la opinión de los que, llamándose pomposamente sus representantes, querían arrebatárle su preciosa unidad.

Todavía la libertad de cultos no está definitivamente votada, pero está desechada por la Cámara la unidad católica; de suerte que para los católicos el asunto está terminado.

Los revolucionarios han satisfecho su deseo: la libertad de cultos (si llega á publicarse el monstruoso engendro constitucional) será ley; mas la promulgación de este no conseguirá destruir la impresión causada por los magníficos discursos de los diputados católicos, y singularmente de los ilustres Prelados y del Sr. Manterola.

Sí; los discursos elocuentísimos y llenos de ciencia religiosa y profana del Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, del Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Jaén y del señor magistral de Vitoria, son un verdadero monumento que guardarán cuidadosamente los católicos, como protesta contra los cargos que puedan hacer á la presente las generaciones venideras, por haber dejado romper en España la unidad católica.

Pero ¡ah! confío, vuelvo á decir, en que este frenesí de impiedad pasará pronto; confío en que no hemos de dejar á nuestros sucesores el triste legado de la libertad de cultos. Dios permite lo que está pasando para castigo de nuestra tibieza, que es, sin duda ninguna, la causa de este desbordamiento de impiedad, y yo espero que del castigo sacaremos para en adelante gran provecho. Por de pronto, los campos se deslindarán completamente; todos tendrán que elegir, sin anfibologías ni tergiversaciones, entre el catolicismo y el liberalismo, entre el bien y el mal; se avivará nuestra fe, y guiados por ella y aleccionados por la experiencia, trabajaremos sin descanso, primero para recuperar lo perdido, y después para no dejárnoslo arrebatár nuevamente.

Pero si la discusión de la cuestión religiosa ha dado lugar á brillantes discursos, que desde el fondo de su corazón aplauden todos los católicos, también ha dado lugar á escándalos inauditos. Jamás, aun en las épocas más turbulentas, se había oído en un Congreso de diputados españoles las impiedades y las blasfemias salidas de los labios de Castelar, de Díaz Quintero, de Suñer y Capdevila, de Robert, etc. El uno acusa á la Iglesia de enemiga de la ciencia, y llama asesino á un Pontífice que se venera en los altares, y niega la santidad á uno de los Santos más populares en España; el otro combate por inmorales á todos los religiosos; este niega la virginidad de María Santísima y la divinidad de Jesucristo; el otro se declara no católico... ¡Quién hubiera dicho á nuestros padres que en unas Cortes españolas se había de dar el repugnante espectáculo de semejante puja de impiedad!

Señor, perdónalos, que no saben lo que se dicen; no son verdaderos españoles; no son, no, nuestros representantes; son hijos espúreos de esta tierra de católicos; los españoles todos lo son, todos protestan contra aquellas horribles blasfemias, contra aquel cúmulo de impiedades; todos creen y profesan lo que nuestra Santa Madre la Iglesia manda creer, y todos juran que han de vivir y morir en la fe católica. No juzgueis, Dios mío, á esta pobre nación por la impiedad de unos pocos.

Millones de españoles se reúnen actualmente en todas las iglesias, lo mismo en las grandes ciudades que en las miserables aldeas, y todos elevan su voz para desagrar á nuestro divino Redentor y á su Santísima Madre. El espectáculo que está dando la católica España en estos momentos, es grandemente consolador. Miente quien diga que España no es católica; miente quien diga que es indiferente; España tiene fe, y por ella se salvará.

Me he detenido quizás más de lo que aconsejan los límites de una Revista semanal en la cuestión religiosa; pero ¿quién puede pasar de ligero sobre este asunto?

Absorbida toda la atención de la Cámara Constituyente, como la de toda España, por aquella cuestión, apenas han dado de sí otra cosa notable las últimas se-

siones de Cortes. Debo, sin embargo, hacer mencion especial de la del sábado 1.º de mayo.

En ella se discutió un proyecto de amnistía, que, como se echó de ver desde que se presentó, se ha hecho única y exclusivamente para los republicanos. El motivo aparente de tal amnistía era la celebracion del Dos de Mayo. En vano se levantó el Sr. Castelar á combatir el proyecto por su parcialidad; en vano invocó el recuerdo del mismo Dos de Mayo, diciendo que no era gloria de un partido, sino una gloria española, y que, por tanto, la gracia que en conmemoracion de ella se concedía debía alcanzar á los españoles de todos los partidos.

El verdadero fin de la amnistía parece ser el de halagar á los republicanos, cuya hostilidad se procura evitar, y por consiguiente la comision y el gobierno, con argumentos especiosos y fútiles, rehuyeron la pretension de Castelar.

Vino para eso como de molde la noticia de un motin ocurrido en Tafalla (Navarra), en el cual parece que resultó ligeramente herido el coronel Lagunero, herida que se castigó asaltando la casa de que habia salido el tiro, é hiriendo ó matando á cuatro ó seis de los que en ella estaban. «¿Qué dirá el liberal Lagunero, exclamaba el ministro de Fomento, si por via de consuelo le enviamos un decreto de amnistía para los mismos que han querido asesinarle?»

Ignoramos los pormenores de los sucesos de Tafalla, y no sabemos, por tanto, cuál fue la causa del motin, en qué consistió este, de quién partió la provocacion, y qué importancia tiene el atentado contra Lagunero.

Pero sea de esto lo que fuere, se le podia replicar al ministro: «¿Qué dirán los pacíficos habitantes de Cádiz, Málaga y Jerez, si para tranquilizarlos amnistiais á los que, segun vosotros mismos, fueron los causantes de los desórdenes allí ocurridos? ¿Qué dirán las familias de los oficiales asesinados en 1866 al ver que concedéis gracias á los insurrectos de aquella época y señalais pensiones á las viudas ó á los padres de los que fueron fusilados?»

El diputado carlista Sr. Ochoa se levantó á protestar con energía y dignidad contra semejante amnistía, y á declarar que los carlistas á quienes se habia aludido, presos por supuesta conspiracion, y los sacerdotes encausados por sermones, no necesitaban gracia, sino justicia. Y la amnistía quedó votada, y se ha publicado ya como ley.

En la misma sesion del 1.º de mayo fue preguntado el ministro de Hacienda acerca del famoso empréstito de 1,000.000,000, y de las causas de la baja inusitada de la Bolsa.

En cuanto á lo primero, el ministro se limitó á decir que el empréstito está realizado, que el pais aplaudirá algun dia las condiciones ventajosas con que se ha hecho, pero que no debía revelarlas, porque los carlistas y los reaccionarios, que tienen interes en ello, podrian impedir que el empréstito se llevara á término.

Que el empréstito está realizado y que los carlistas pueden impedir que se lleve á término, no es cosa que se comprende fácilmente. Lo que hay de verdad, al parecer, es que se ha celebrado un contrato para un empréstito con algunas casas extranjeras; pero de esto á que el empréstito esté realizado, va mucha diferencia.

Dícese que las casas extranjeras toman 1,000.000,000 en papel, pagan ellas una cuarta parte, y el resto se encargan de venderlo cobrando una comision. De modo que el empréstito es simplemente una emision de papel. Las casas extranjeras, al recibir del ministro la cuarta parte de los 1,000.000,000 en títulos, se han comprometido á pagarlos dentro de cierto plazo; de manera que pagan con lo que saquen de la venta que ellas harán de ese mismo papel, es decir, con algo menos, porque algo han de ganar los señores extranjeros.

Y con lo dicho queda ya esplicada la causa de la terrible baja de los fondos en la última semana. Las casas contratantes del empréstito han recibido algunos centenares de millones de papel, y los han sacado á la venta en pocos dias. El pánico que la baja produjo es indes-

criptible; coincidía precisamente con el dia de liquidar las operaciones á plazo, y los que habian comprado á pagar á fin de mes á 29 ó 28 el consolidado, se encontraron con que tenian que pagar un 2 ó 3 por 100 mas de lo que valia en realidad lo que compraban.

Las quejas de los bolsistas eran justas. ¿Por qué no se anunció con tiempo la aparicion extraordinaria de tan gran cantidad de papel? ¿Quién asegura que las casas extranjeras no han especulado con noticias que solo ellas podian tener? Es decir: ¿quién asegura que esas casas no hayan vendido papel á mediados de mes á precios altos, sabiendo positivamente que habian de bajar los precios á fin del mismo, mediante la venta en gran cantidad que ellos iban á hacer?

El señor ministro ha pecado á lo menos por improvisacion.

Y entre tanto, las otras tres cuartas partes de los 1,000.000,000 de papel no encuentran compradores. Las noticias que se reciben de las plazas extranjeras no son muy satisfactorias. ¿Quién ha de comprar á buen precio 750.000,000 de consolidado?

Algo queria decir de un proyecto de ley de proteccion á las compañías de ferro-carriles y de otro proyecto de ley de enseñanza que se han presentado á las Cortes; pero como habrá tiempo de hacerlo antes que se discutan, por no hacerme pesado me limito por hoy á decir que son dos proyectos descabellados que no obedecen á sistema alguno, y que el primero está produciendo ya gran escitacion entre los obligacionistas, cuyos legítimos derechos se desconocen por favorecer á las compañías.

Concluiré con dos noticias. Anteayer dijo el ministro de Fomento en el Congreso que la mayoría solia equivocarse muchas veces; que si hoy se pusiera á votacion del pais la eleccion de monarca, probablemente seria elegido Carlos VII. La soberanía nacional, al oír tamaña herejía antiliberal, pegó un brinco de sobresalto.

Las gentes dan en decir con mas insistencia que nunca que la conciliacion liberal se deshace, y que hay nubarrones en Cataluña, y aun en Madrid, de los cuales puede llover un presidente de república, que puede ser despues el Emperador Juan I.

¡Lo que puede la imaginacion!

LUIS ECHEVERRÍA.

CORRESPONDENCIA DE PARIS.

PARIS 2 de mayo de 1869.

Señores redactores: Si he llegado á comprender bien sus deseos, quieren Vds. que mis correspondencias, aunque escritas en la capital de un pais extranjero, se refieran preferentemente á la situacion de nuestra patria, y solo en aquello que tenga grande importancia á lo que ocurra en la marcha política de Europa. Los españoles, dicen Vds., no se preocupan hoy de lo que acontece en otros paises, que hartos les dan que hacer y que pensar sus propios asuntos; sin embargo, una Revista necesita hoy correspondencias; la solidaridad establecida entre todos los pueblos hace que todos se afecten por ciertos hechos, y por tanto, lo que exigimos es que hablándonos principalmente de España, en lo que por las circunstancias del momento, de todos conocidas, se puede saber ahí antes y mejor que aquí, se nos comuniquen igualmente aquellas noticias extranjeras de interes comun para todos los pueblos europeos. Procuraré satisfacer á Vds. y á los lectores de la REVISTA, ateniéndome en mis correspondencias al órden que me señalan, y que, en efecto, me parece el mas conveniente.

Como entrada en materia, voy por de pronto á justificar lo que dicen Vds. acerca de las condiciones en que hoy se encuentra Paris para saber y conocer antes y mejor que Madrid ciertas noticias referentes á España.

En Paris vive hoy nuestro Rey Carlos VII, y á Paris ha venido á refugiarse Isabel de Borbon. Por centenares, y lejos de exagerar me quedo corto, acuden todos los dias

españoles de todas las provincias, de todas las clases, de todas las edades á saludar á Carlos VII, mientras de vez en cuando algun emisario político, y mas de tarde en tarde algun favorecido antiguo, visitan á doña Isabel. Los primeros, que llegan con la zozobra de la esperanza, la dejan tan pronto como ven á Carlos VII, por el presentimiento de la realidad; y al ver el porvenir que se prepara para su patria, olvidan las desgracias que sufren en el presente; los segundos, que llegan tristes, de tristes pasan á sombríos, porque lo que ven y lo que oyen dobla para lo futuro el peso de las malas nuevas que traen; pero unos y otros traen muchas y exactas noticias, y por ellos se sabe mejor aquí que en ningun punto de España lo que en España sucede. Añádase á esto lo que se colige de las indicaciones oficiales, porque el gobierno francés conoce punto por punto lo que se quiere y se pretende por los hombres de la revolucion, y se apreciará lo acertado de ese juicio de Vds. acerca del interes español que puede ofrecer hoy una correspondencia parisiense.

Dicho esto, prosigo.

Ya supondrán Vds. de cuán buena gana nos reimos aquí al leer lo que, por inspiracion propia ó por noticias de sus corresponsales, dicen ahí acerca de los planes carlistas los periódicos revolucionarios. Un dia aseguran que el invicto Conde de Morella ha renegado de las opiniones que con tanto valor y gloria defendiera en Aragon y Cataluña, y con constancia no menos gloriosa ha mantenido en una emigracion de veinte años; pero al dia siguiente, rectificándose á sí mismos, y con tanto escese en la rectificacion como en el juicio, afirman que Cabrera se halla en la frontera de España dispuesto á pasarla al frente de un ejército de un momento á otro. Aun no es eso todo. En mas de una ocasion han dado á D. Carlos empréstitos fabulosos realizados con estas ó las otras garantías igualmente fabulosas, y han señalado el dia y la hora en que infaliblemente iba á entrar en campaña; pero á poco, y con mayor ó menor regularidad, olvidando sus noticias contrarias, han contado á sus lectores que D. Carlos VII no podia emprender nada ni pensar en nada por la falta total de fondos, de resultas del fracaso de todos sus proyectos de empréstito.

Y en suma, ¿qué hay en todo eso? Hay lo que desde luego se figurarán Vds. y toda persona razonable: que los revolucionarios se forjan y dan noticias al tenor de las que les convienen por el momento, sin que, por lo demas, sepan ni puedan saber nada de lo que dicen que saben. Pero ¿qué hay de todo eso? Hay lo que yo les voy á decir en pocas palabras.

Hay que Cabrera está hoy al lado del Rey legítimo, del Rey tradicional, del Rey católico, de Carlos VII, como estuvo al lado de Carlos V y de Carlos VI; hay que el dia que juzgue conveniente y necesario para el bien de su patria, Cabrera renovará sus hazañas de 1838 y 1849, coronándolas con la gloria del éxito, única que la traicion le ha arrebatado ya en dos ocasiones, de modo que nada falte á su nombre para que viva eternamente en la historia, y desde luego en sus hijos. Y respecto de lo otro, hay que Carlos VII, que contempla con dolorosa y aun angustiosa impaciencia el suplicio, todos los dias renovado, que sufre España; Carlos VII, juez competente y árbitro de lo que se haga, tiene la firme resolucion de reivindicar el Trono de sus mayores, de un gran Rey, de un gran pueblo; y hay, en fin, que cuando entable esa reivindicacion, y la entablará en el momento oportuno, no le faltarán ni hombres ni recursos.

Menos decir aquello que no sé, ni puedo saber, ni diria aunque lo supiese, hablaré de todo lo demas; así, que no tengo inconveniente en afirmar que D. Carlos VII ha recibido, y recibe todos los dias, comisiones que le envían todas las provincias, todos los pueblos, ó poco menos, de España, en términos de que pasan de veinte mil los españoles que han visto ya la modesta casa de la calle de Chauveau-Lagarde; que hoy mismo, y solo entre la aristocracia francesa, que reconoce en él, por el valor, la generosidad y la inteligencia, á un hijo verdadero de Enrique IV, Carlos VII hallará el dinero que necesite, de lo cual es prueba ahora mismo lo que le ofrecen los duques

de Dedouville y de Besaccia; que por parte de los carlistas, en quienes la constancia y el aguante han competido con el valor, no es de temer ningun acto prematuro que comprometa el resultado que con toda seguridad, y solo por la conducta de los revolucionarios, sin contar con lo que D. Carlos haga en el momento oportuno, se debe esperar para España.

De otra cosa han venido tambien hablando, y suelen á veces hablar todavía, los diarios de Madrid: de la fusion; y tambien acerca de este particular he de decir algunas palabras.

La fusion, en el sentido que tiene la palabra y se ha usado de ella, ha sido y es imposible, y en realidad de verdad no creo que nunca se haya tratado de ella entre las familias reales. Carlos VII y doña Isabel, que accidentalmente se ven con mucha frecuencia, solo se han visto deliberadamente una vez, sin que jamás se hayan visitado. Solo el conde de Girgenti estuvo en la casa de la calle Chauveau-Lagarde, y vió á Carlos VII, con quien departió noble y amigablemente por largo tiempo, y solo para pagarle la visita paró el coche de Carlos VII á la puerta del palacio Basilewski.

Ahora, qué se tratara en la entrevista pedida por la infanta, yo no lo sé; pero sí lo que despues ha sucedido. Nuevamente insistió la infanta en verse con Carlos VII, y se convino, en efecto, en una segunda entrevista; pero por aquel entonces se leyó en el palacio Basilewski el folleto *Las Apariencias y la realidad de la fusion dinástica*, que á juicio de D. Francisco era una provocacion á ellos que partia del mismo Carlos VII, pues el folleto, por ser quien es su autor, debia haberse publicado con su conocimiento. El folleto no era una provocacion, ni otra cosa que la esposicion razonada y concluyente de la imposibilidad y de la inutilidad de los proyectos fusionistas, y ningun conocimiento habia tenido el Rey de su publicacion. Así lo hizo saber en el palacio Basilewski, añadiendo tambien que, dispuesto á complacer á su tia en cuanto estuviese de su parte y no lastimara su derecho, no veia, resuelto como se hallaba á mantener íntegro su derecho por sí y por su hermano, términos hábiles para una fusion dinástica, á donde, al parecer, queria llegarse por la avenencia de familia ya establecida.

Hé aquí todo lo que ha habido, que es todo lo que podia haber en la cuestion de arreglos dinásticos, y hé ahí en parte lo que esplica los arrebatos á que se entrega el único órgano isabelista que hay en Madrid y en España. Todas las esperanzas de los pocos amigos que han quedado á la infanta Isabel se concentraban en la fusion: harto listos y harto experimentados para no conocer que se encontraban solos, y que la parte de ejército que podria ponerse de la suya seria impotente para otra cosa que para sostener una lucha de mas ó menos dias, contaban con hacer triunfar su causa, si no en sus principios, que abandonan muy fácilmente, en sus personas, que les preocupan preferentemente, con las fuerzas de la comunión carlista, con la cual, por medio de la fusion, se identificaran. El plan ha fracasado, y la impotencia real y efectiva en que se encuentran los isabelinos busca entre nosotros la division, y en nuestra division el medio de ocultarse. Lo que está diciendo *El Siglo* estos últimos tiempos solo así se esplica. Con la exhumacion de los hechos del cuartel real al terminar la guerra civil por la marotada, se quieren renovar las antiguas divisiones; al pedir programas á Carlos VII, se pretende cogerle en una contradiccion, ó hacerle incurrir en una inconsecuencia; al negarle sus altísimas cualidades, se puede por lo menos sembrar la duda en algunos corazones; y, finalmente, con todo eso, obligando á los periódicos carlistas á entrar en polémica, se aparenta representar una causa que conserva algun prestigio y abriga alguna esperanza.

El plan podrá ser maquiavélico, pero sus efectos seguramente no nos causarán gran daño. Acerca de las superiores cualidades de Carlos VII, á las reticencias sin eco de *El Siglo* contesta el clamor resonante del entusiasmo de miles y miles de voces, y contestan especialmente los hechos, el hecho que nos muestra á Carlos VII

viviendo en París y salvando por su prudencia y tacto personal las dificultades de la posición diplomática mas comprometida del mundo. En cuanto á lo que pasó, pasó; y precisamente por lo que ha costado á la patria y á todos, nos da hoy la seguridad, por la experiencia, de que no ha de repetirse. Finalmente, en cuanto á la forma y modo de gobierno de Carlos VII; en cuanto á todas esas preguntas que hace *El Siglo*, exigiendo una contestación, la contestación se presenta inmediatamente: Carlos VII hará lo que no se ha hecho, y lo que le piden con desesperado acento la conciencia pública y el interés de la patria: reinará y gobernará; reinará dignamente, y gobernará, según el consejo de Bossuet, atrevidamente. Presentando la idea bajo una forma que la haga perfectamente perceptible y sensible: el día en que Carlos VII, cogiendo á un par de esos generales y estadistas ambiciosos que seguramente querrán repetir por la adulación y la intriga lo que han hecho en el reinado de Isabel, los arroje por su mano desde el balcón de Palacio á la Plaza de la Armería, ese día España entera respirará libremente bajo la égida de un poder fuerte, que es su primera é imperiosa necesidad y su mas vehemente deseo. Póngase por base de una Constitución á un Rey joven, valeroso, lleno de energía y de pujanza, señor de sus pueblos y dueño de sí mismo, y la Constitución, toda Constitución con esa base, será excelente, inmejorable.

Búsquese, pues, *El Siglo* otro consuelo, otra esperanza y otra arma de efecto; para todo ello puede aprovechar, convirtiéndolas en activas, las simpatías platónicas de Napoleón III por la infanta.

Dos palabras ahora sobre las noticias extranjeras. En realidad no hay noticias; todo está pendiente del resultado de las elecciones que van á verificarse aquí durante este mes de mayo. La cuestión belga se dilata de comun acuerdo por el gabinete de Bruselas y el de las Tullerías. Si las elecciones son favorables al gobierno francés; si le dan una mayoría tan compacta, tan dúctil y tan dócil como la que ha tenido, Bélgica cederá en todo hasta forzar al gobierno imperial á una avenencia; en cambio, si al Cuerpo legislativo llegara una fuerte oposición orleanista y republicana, Bélgica se mantendrá firme, poniendo al gabinete de las Tullerías en una posición violenta.

Tengan Vds. por seguro asimismo que un gran triunfo en las elecciones dará origen inmediatamente á una enérgica reclamación por el cumplimiento estricto del tratado de Praga en cuanto á los derechos de Dinamarca y á las plazas del Rin, y especialmente á Maguncia, ocupadas por los prusianos. Lo que de esta reclamación resulte, pueden Vds. conjeturar por el carácter bien probado de Bismarck, que sigue gozando del mayor favor en Prusia con el Rey y con el pueblo. También, á lo que parece, preocupa mucho á los republicanos españoles el

resultado de las elecciones francesas: ellos se sabrán el por qué, y en todo caso por los trabajos de Mazzini en Italia, sobre todo en el ejército, podría descubrirse lo que se está urdiendo en toda Europa, y qué sesgo pueden llevar las cosas.

En el afán de figurar y sobresalir que aqueja á los franceses, ya han dado á un Obispo francés, al de Orleans, la presidencia del Concilio ecuménico, y hasta han supuesto cartas de Pío IX. No ha habido ni habrá nada de eso: parece que el Concilio será presidido por el Cardenal Antonelli, ó por el Cardenal Nardi.

En el ejército pontificio ha producido el mayor júbilo el nombramiento de nuestro D. Alfonso como subteniente del cuerpo de zuavos. El ilustre príncipe, y su digno maestro el antiguo general D. Luis García de la Puente, representan admirablemente en aquella aristocracia de la sangre, de la inteligencia y del valor, á la nación española, tal como aparece en la historia, y aun hoy mismo, si se deja de mirar á las regiones oficiales.

En uno de nuestros próximos números comenzaremos á publicar un interesante estudio acerca de la persona de D. Carlos VII, de sus cualidades, de sus ideas de gobierno, de los detalles de su vida y carácter; estudio hecho por quien ha tenido la fortuna y la honra de tratarle largo tiempo con gran intimidad.

A este trabajo seguirán otros del mismo género referentes á doña Margarita de Borbon, al ilustre Conde de Morella, y otros personajes importantes del partido legitimista español.

Apenas terminemos el notabilísimo folleto que hoy comenzamos á publicar con el título de *La Cuestión dinástica*, esperado ya con avidez por muchas personas que desean conocer á fondo este importante asunto, daremos en la misma sección, y con la misma forma, para que pueda encuadrarse, la obra intitulada *Las Serpientes*, escrita en francés por M. Henry Lasserre.

Para demostrar la oportunidad de este precioso libro, basta decir que su argumento está reducido á comparar las serpientes, hasta en los detalles mas insignificantes de su vida, con los revolucionarios; y de tal modo logra su objeto el autor, que cuando se concluye la lectura del libro, no sabe uno qué admirar mas, si el ingenio ó la ciencia del que lo ha escrito.

ADVERTENCIA. Los señores suscritores que, habiendo satisfecho por adelantado el importe de todo el año, no han elegido todavía el regalo ofrecido, se servirán hacerlo á la brevedad posible, á fin de remitírselo sin demora, como se ha verificado con los demas.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid. En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son tambien de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *París*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Vaiparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerra y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea, Santa Cruz, y D. Estéban Plana.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año..	50 rs.	5 pfs.	Por un año..	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre..	25 »	3 »	Por un semestre..	30 »	3 ½ »
Por un trimestre..	13 »	» »	Por un trimestre..	16 »	» »

MADRID, 1869.—Imp. á cargo de D. A. Perez Dubrull, Calle de Moriones (antes del Pez), 6, principal.